

62ª SESION ORDINARIA DEL 19 DE SETIEMBRE DE 1884

Presidencia del Dr. Ruiz de los Llanos

SUMARIO—*Continúa la discusion pendiente sobre el dictámen de la Comision de Legislacion en el proyecto de ley sobre administracion y gobierno de los territorios nacionales. — Asuntos entrados.*

PRESENTES En Buenos Aires á diez y nueve de
Presidente Setiembre de mil ochocientos ochenta
Acosta y cuatro, reunidos en su sala de sesiones
Albarracin (J. P.) Los señores diputados inscritos al már-
Albarracin (B.) gen, el señor Presidente declara abierta
Argento la sesion.

Araoz ACTA
Arauz Se lee y aprueba la de la sesion
Arigos anterior.

Araujo SECRETARIA DE LA CÁMARA
Balsa

Barra Sr. Presidente — No ha-
Bustos biendo asuntos de que darse
Cáceres cuenta, se va á pasar á la ór-
Calvo den del dia.

Cano Pero antes debo hacer pre-
Cárcano sente que, debiendo tratarse
Civit en breve la ley de prespues-
Coquet to, el buen servicio de la Se-
Costa cretaría. . .

Crespo Sr. Argento—Todavía no
Dávila se ha dado cuenta de haberse
De la Fuente expedido la Comision.

Dantas Varios diputados—Ya se
Demaria ha expedido.

Enciso Sr. Presidente—. . . exige
Fernandez que se habilite al pró-secretaria-
Figuerola (F. J.) rio, señor Ovando, para ac-

Funes
Gallo (D.)
Gil
Gilbert
Gorostiaga
Gomez (E.)
Gomez (F. M.)
Herrera
Iramain
Lainez
Lahitte
Leguizamon (L.)
Malbran
Navarro Viola
Ocampo
Olmedo
Ortiz
Palacio
Paz (M.)
Posse (F.)
Puebla
Quintana
Roca
Rodriguez
Romero
Serú
Solá
Solari

tuar como secretario, en re-
emplazo del señor Sorondo á
quien la Cámara ha acordado
licencia para faltar al resto
de las sesiones del presente
año.

Sr. Demaria — Desde el
momento que se ha acordado
licencia para faltar á las sesio-
nes á uno de los secretarios,
tácitamente se entiende que el
pró-secretario debe reempla-
zarlo.

Sr. Presidente—Lo que el
Reglamento establece es que,
en caso de ausencia de uno
de los secretarios, el que que-
da desempeñará las funciones
de ambos.

Por esa razon es que creo
que se necesita una autoriza-
cion espresa de la Cámara.

Se va á votar si se autoriza
al pró-secretario para actuar
como secretario.

— Resulta afirmativa.

Sr. Presidente—Como el

Solveyra
Sosa
Tagle
Teran

Villamayor
Yofre
Zavalía
Zavalla
Zeballos

AUSENTES
CON LICENCIA

Alvear
Beltran
Castro
Corvalan
Febre
Figueroa (F. C.)
Leguizamon (O.)
Peña
Posse (E.)
Solier
Vega
Videla

CON AVISO

Gallo (P. S.)
Pujol Vedoya

SIN AVISO

Benitez
Darquier
Diaz
Paz (E. N.)
Perez
Vidal

Reglamento me autoriza en estos casos á recibir el juramento, lo recibiré en secretaría.

ORDEN DEL DIA

ORGANIZACION Y GOBIERNO DE LOS
TERRITORIOS NACIONALES

Sr. Presidente—Continúa la discusion del inciso 1º del artículo 1º, del proyecto de ley sobre administracion y gobierno de los territorios nacionales.

Continúa con la palabra el señor ministro del Interior.

Sr. Ministro del Interior—Señor presidente:

Valiéndome en la sesion interior, de la indulgencia de la Cámara, fui probablemente, mas estenso en mis demostraciones de lo que hubiera creyendo.

Me propuse establecer ciertos antecedentes de importancia en la cuestion, cuestion que, como he dicho, me he creido en el deber de aceptar, en toda su estension, desde que los señores diputados por Mendoza la colocaron, á mi juicio, con equivocacion y olvido de nuestros antecedentes constitucionales é históricos.

Creo haber demostrado que desde los primeros dias del descubrimiento, hasta el año 1810, el Rey de España ha tenido amplia soberanía y el dominio territorial de estos países; que las provincias, como circunscripciones administrativas, nunca tuvieron el dominio de las tierras despobladas; que las tierras fueron siempre del Estado general, que á su tesoro ingresaba el producido de las ventas, y que los pueblos no tenían sino los terrenos destinados á éjidos y á propios. Establecí tambien que el gobierno de 1810 sucedió en estos derechos al Rey de España, y que, continuadamente, hasta el año 1825, la tierra se ha considerado del dominio nacional; y todas las asambleas legislativas, empezando por la del año 1811 y concluyendo por la del año 1824, han legislado sobre las tierras públicas.

Cuando hacía esta demostracion, se me dirijieron distintas interrupciones. Una de ellas vino á llamar mi atencion sobre una época fatal de nuestra historia.

Se me dijo que recordara el año 1820 y los pactos que habian venido despues de esa fecha.

Contesté, señor presidente, que el año 20 nada habia fundado, nada habia organizado; que fué una época de agitacion y de desquicio; y, con este motivo, ofrecí al señor diputado que me interrumpia, ocuparme inmediatamente de los pactos sobre que llamaba mi atencion.

Sr. Argentó—Si me permite el señor ministro una pequeña interrupcion. . .

Sr. Ministro del Interior—Con mucho gusto.

Sr. Argentó—Yo no lo he hecho en el sentido de aceptar, por mi parte al menos, lo que se haya hecho en el año 20, en esa época de desquicio.

Lo hice, simplemente, porque el señor ministro relataba la historia, y yo tengo entendido que en la historia debe decirse la verdad de lo que ha sucedido, sea ó nó lamentable lo que haya sucedido, porque en ella hay que consignar los hechos tal cual ellos son.

Sr. Ministro del Interior—Estoy muy léjos de hacer solidario al señor diputado del desquicio y de los sucesos del año 1820.

Sr. Argentó—Yo no habia nacido entónces.

— Rumores.

Sr. Ministro del Interior—Muy bien.

El señor diputado llamaba mi atencion sobre los sucesos del año 1820 y comprendo que su espíritu era decirme:

La cronolojia histórica que se viene haciendo, fracasa toda en el año 1820; se habla de las disposiciones que han regido durante el gobierno central; se procurará, como se dice vulgarmente, escapar por la tangente, cuando entremos á la época en que el gobierno central desapareció.

Prometí ocuparme de los pactos, que conozco perfectamente.

Voy á dar una brevísima idea de ellos, porque comprendo que la Cámara está fatigada de esta discusion.

Despues de los desgraciados sucesos del año 1820, que disolvieron el gobierno nacional, el primer pacto fué el tratado llamado, comunmente, del Pilar. Ese tratado fué celebrado en la época mas aciaga, como he dicho. Estábamos bajo la influencia de la anarquía, del desquicio, de las aspiraciones de algunos caudillos, y, sin embargo, el señor diputado va á oír, ya que ha llamado mi atencion sobre estos pactos, va á oír, digo, que en ellos, bajo esa atmósfera de disolucion, se reconocia el principio de la union nacional. Y, lo que es mas notable, hablando de los límites de las provincias, se consignaba que las dudas que ocurriesen á ese respecto serian resueltas por el Congreso Nacional.

Sr. Argentó—Exactamente; por eso es que, con buena intencion, yo indicaba esos pactos.

Sr. Ministro del Interior—Como decia, en

el tratado de Pilar, sancionado bajo una atmósfera de disolución, y en una época aciaga, se estipulaba lo siguiente: el deslinde de las tierras entre las provincias se someterá, en caso de duda, á la solución del Congreso general de diputados.

Dos años después se celebraba otro tratado entre las provincias de Corrientes, Entre Ríos, Santa Fé y Buenos Aires, en el que se estipulaba lo relativo al comercio, á la paz, á la armonía de los pueblos. Ni una palabra se habló de que esas provincias se considerasen con límites definitivos, ni que pactasen sostener la integridad de las circunscripciones que les habían asignado los documentos de la época colonial.

Dos años más tarde, el año 1824, el gobierno de Buenos Aires se dirigió á todas las provincias de la República invitándolas á reunirse en Congreso General Constituyente. A consecuencia de esa convocatoria vino el Congreso del año 1826.

La ley que sirvió de base á esa convocatoria, y que en aquel tiempo se llamó ley del *compromiso*, contenía distintas estipulaciones. Establecía que las provincias, hasta que se reuniera el Congreso, serían rejidas por sus instituciones; pero en cuanto á límites territoriales, en cuanto á integridad de los títulos expedidos por el gobierno español, ni una palabra, ni una estipulación se encuentra en ella.

Y una de las primeras leyes que dictó el Congreso reunido á consecuencia de esa convocatoria, fué la que suspendió la venta de todas las tierras públicas de la Nación, en cualquier parte que existiesen, y resolvió que serían entregadas en adelante en enfiteusis, reteniendo su propiedad la Nación.

Disuelto el Congreso, el año 26, se convocó una convención, que se reunió en la ciudad de Santa Fé.

He leído la convocatoria, las bases en ella indicadas: ni una palabra sobre límites territoriales; queda entendido que todo eso es atribución exclusiva de la Nación.

Fracasa la convención del año 28, vienen los sucesos que perturbaron al país, y tiene lugar el tratado que ha pasado á la historia con el nombre de « Tratado del litoral, » y que vino á ser el punto de partida de nuestra organización actual.

Ese tratado contiene distintas estipulaciones relativas á la paz, á las relaciones de comercio, á los buenos oficios de unos gobiernos con otros; pero en cuanto á límites territoriales, se guarda el mismo silencio.

Viene después la época que todos conocemos: época luctuosa en la historia de nuestro país, época de discordias y de anarquía, de guerracivil, de dictaduras, y cuando se serena

el tiempo, y la batalla de Caseros disipa completamente los oscuros horizontes que rodeaban al país, reaparece la Nación íntegra, unida, vinculada por los recuerdos de sus adversidades, por las reminiscencias de sus glorias pasadas y por el estímulo de sus destinos futuros!

Varios Diputados—Muy bien!

Sr. Ministro del Interior—En esos días se celebra el acuerdo de San Nicolás.

En este pacto se fijaron con claridad las ideas que debían servir para la reorganización del país, para la discusión de la Constitución del año 53. Pero no se escribió una palabra sobre límites ni sobre territorios de las provincias.

Y cuando se reunió la asamblea, cuando la Nación unida,—no los pueblos dispersos, como se ha dicho, no los pueblos con veleidades de independencia y de soberanía absoluta que nunca han tenido!;—cuando la Nación unida, entró á reorganizarse, entregó al Congreso nacional la resolución definitiva de todo lo que se relaciona con los límites entre las provincias y la Nación.

Digo, pues, reasumiendo la historia de los pactos, á que el señor diputado me ha llamado, que en todos ellos ha presidido esta idea dominante: la fijación de límites es atribución de la Nación, deben ser establecidos por ella; el dominio territorial existe en la Nación, hasta que ésta haya fijado definitivamente lo que queda en el dominio de las provincias.

Estos son nuestros antecedentes históricos; este es nuestro derecho constitucional.

Sr. Argento—Perfectamente; estoy de acuerdo.

Sr. Ministro del Interior—Un señor diputado por Mendoza analizaba el artículo constitucional que confiere al Congreso la facultad de establecer los límites.

Como he dicho, esta Constitución, inspirada en los recuerdos nacionales, en las exigencias del país, en las lecciones de la historia, es la que ha salvado el orden y la que viene desenvolviendo la felicidad general.

Al sancionar esta Constitución entraron todos los pueblos, sin reservas ni reticencias; y se estableció en ella que era atribución del Congreso «arreglar definitivamente los límites del territorio de la Nación, fijar los de las provincias, crear otras nuevas, y determinar por una legislación especial la organización, administración y gobierno que deben tener los territorios nacionales que queden fuera de los límites que se asigne á las provincias.»

Este es el artículo que ha sido estudiado por el señor diputado por Mendoza.

Siento decir que me parece que su estudio ha sido equivocado.

El llamaba la atención de la Cámara sobre

este punto: En este artículo se usa dos verbos; esto es muy significativo, decia: *arreglar* definitivamente los límites del territorio de la Nación; *fixar* los de las provincias.

Si, señor: *arreglar* definitivamente los límites de la Nación, con las naciones vecinas! Porque no se les puede imponer, porque tiene que discutirlos; tiene que tratar con ellas.

Entonces, pues, el artículo se refiere á la facultad del Congreso para arreglar los límites internacionales, y por esto usa la palabra *arreglar*: porque no puede imponer al Brasil ni á Chile la línea divisoria; hay que discutirla y *arreglarla*.

«Fijar los de las provincias.» Porque las provincias no tienen, hasta ahora, límites determinados, como lo he demostrado.

Atribuye al Congreso la facultad de fijar los límites de las provincias. Y esta facultad es incondicional, señor presidente—aunque se alarmen de la palabra!

Es una alta atribucion que la Constitucion ha conferido al Congreso, para que use de ella atendiendo naturalmente á las consideraciones económicas, á las consideraciones políticas, y, como es regular, á las consideraciones de la equidad, á los consejos de la historia, á los hechos posesorios de que ninguna asamblea puede prescindir. Pero esta facultad no está sujeta á lo dispuesto en cédulas emanadas del gobierno español, que solo existen sobre el papel, que no tienen significado de ninguna clase, en la actualidad, contra los hechos producidos durante setenta años.

Es una facultad que ha sido delegada en el Congreso; porque las provincias no han venido, como ha dicho el señor diputado por Mendoza, organizadas como entidades políticas, como entidades económicas, con territorios determinados, á constituir la Nación. No; la Nación existió siempre.

Era un solo gobierno, era una sola entidad, en la época de la colonia; fué una sola nacion, cuando el Congreso de Tucuman proclamó la independencia; fué una sola nacion, el año 26, cuando se reunió en esta ciudad el memorable congreso de esa época: fué una sola nacion, el año 31, cuando se sancionó la Constitucion; es una sola nacion, hoy que la tenemos en nuestras manos, y una sola nacion será en los tiempos venideros!

Varios diputados—Muy bien!

Sr. Serú—Me permite, señor ministro, una interrupcion?

Sr. Ministro del Interior—Cómo nó!

Sr. Serú—Porque no pienso pedir la palabra.

Desearia oír una explicacion que satisfaga algunas dudas de mi espíritu.

Es cierto que he dado esta interpretacion á

ese artículo, sin desconocer algunos antecedentes históricos, invocados por el señor ministro, que vienen á corroborar la doctrina contraria á lo manifestado por mí, y sin tampoco creer que pueda servir como base de solucion para la aprobacion de las ideas manifestadas por mi colega por Mendoza y por mí, en la sesion anterior.

Quisiera, sin embargo, decia, para satisfacer estas dudas, oír una explicacion del señor ministro.

¿Cómo puede consignarse entre las facultades del Congreso, la de arreglar los límites con las naciones extranjeras, cuando es atribucion del Poder Ejecutivo la celebracion de tratados, y solo confiere la Constitucion al Congreso, en el inciso 19 del mismo artículo, la facultad de aprobar ó desaprobar esos tratados?

En esa cláusula está comprendida esta idea, necesariamente: los convenios que el Poder Ejecutivo celebre con las demas naciones para el establecimiento de límites.

En el inciso 14, que se ha hecho servir tambien como base para reconocer en el Congreso la facultad de fijar los límites, no solo entre las provincias, sino en las relaciones de la Nación con las provincias, se determina la manera como se ha de hacer el gobierno de los territorios nacionales que quedasen, despues de la fijacion de los límites.

Por lo cual he creído, señor presidente, que pudiera darse esta interpretacion al artículo, sin pensar, lo repito, que esta sea una base fundamental para solucionar la cuestion de la adicion á la reforma del proyecto que se está discutiendo, hecha por el señor diputado por Mendoza.

Sr. Ministro del Interior—No me he podido dar cuenta de la última parte de la observacion.

Sr. Serú—Digo que es facultad del Congreso la de aprobar ó rechazar tratados celebrados por el Poder Ejecutivo.

Sr. Ministro del Interior—Eso lo he comprendido.

Sr. Serú—Entre las facultades que corresponden al Poder Ejecutivo, está aquella de celebrar tratados con las potencias extranjeras, sobre cualquier materia de interés comun para la Nación, y entre esas materias se encuentran tambien las cuestiones de límites.

En ninguna de las facultades privativas del Congreso está la de celebrar tratados con las naciones extranjeras, que es la única manera de solucionar las cuestiones de límites.

Por consiguiente, cuando el artículo 14 dice: «arreglar definitivamente los límites de los territorios de la Nación», debe entenderse esto: arreglarlos con relacion á los límites territoriales de las provincias, no con los lími-

tes territoriales de las naciones vecinas, por que esto entra en las facultades generales de aprobar ó rechazar tratados, y porque esta atribucion de celebrar estos arreglos es peculiar del Poder Ejecutivo y en manera alguna del Congreso el hacer gestiones directas con las potencias extranjeras.

Sr. Ministro del Interior—Me parece muy esplicable la duda que el señor diputado tiene.

Es el Congreso el que hace en definitiva los tratados.

El Poder Ejecutivo los prepara, los proyecta; no son sino proyectos hasta que reciben la aprobacion del Congreso.

Por consiguiente, es el Congreso el que arregla definitivamente los límites de la Nacion.

Sr. Serú—Como todos los demás tratados.

Sr. Ministro del Interior—Como todos los demás tratados.

Sr. Serú—Que están comprendidos en otro inciso del mismo artículo.

Sr. Ministro del Interior—Por consiguiente, esa es la esplicacion que me parece tiene el artículo recordado.

He demostrado, señor presidente, que en todas las asambleas de nuestro país, desde el año 1810, ha dominado esta idea: las tierras son de la Nacion.

He demostrado que las provincias, aún en las épocas de mas profundos sacudimientos internos, aún en las épocas de verdadera anarquía nacional, han reconocido la facultad del Congreso para dirimir estas cuestiones, y he dicho que al Congreso del año 53 vinieron ellas sin reservar y sin reticencias de ninguna clase; y ahora voy á demostrar á los señores diputados por Mendoza, que creen que las provincias han entrado á la Nacion con derechos propios á todos los territorios que les daban las cédulas emanadas del gobierno español, cuál es la inteligencia que ha dado á esta cuestion el Congreso del año 78, cuyas condiciones recomendé anoche, no porque tuvieran especialidades constitucionales, sino porque estaban representados en él todos los círculos políticos y todos los partidos, los que se han llamado federalistas y los que se han llamado centralistas.

Me será grata esta observacion, porque vá á versar precisamente sobre la provincia de Buenos Aires.

Todos sabemos que sancionada la Constitucion el año 53, Buenos Aires se reservó el derecho de examinarla y de proponer las reformas que creyese convenientes.

Usando de este derecho convocó una convencion, y propuso, efectivamente, algunas reformas. Ellas fueron aceptadas por la Convencion Nacional que se reunió en Santa-Fé.

Sirvió de base á la convocatoria de la Convencion provincial, el pacto llamado de 11

de Noviembre. En ese pacto se garantía la integridad del territorio de la provincia.

En las discusiones de esa Convencion se resolvió adicionar el artículo 104 de la Constitucion Nacional, de modo que quedase en esta forma: «Las provincias conservan todo el poder no delegado por esta Constitucion al gobierno federal, y el que espresamente se hayan reservado por pactos especiales al tiempo de su incorporacion.»

Algunos sostenian que el pacto de 11 de Noviembre habia quedado incorporado á la Constitucion Nacional, en virtud de la adicion del artículo 104 que acabe de leer, y que como en ese pacto se garantia la integridad del territorio de la provincia, nadie podia tocarlo.

Y el territorio de la provincia, si hubieran de aceptarse las doctrinas sostenidas por el señor diputado por Mendoza, llegaba hasta el Cabo de Hornos.

Y no es esto una fantasía. Mucho mas derecho tendria Buenos Aires para decir que era dueña de todo el territorio hasta el Cabo de Hornos, que la provincia de Mendoza para decir que tenia derecho hasta el Estrecho de Magallanes.

Y voy á dar la razon.

La provincia de Buenos Aires ha ejercido jurisdiccion en todas las costas del Atlántico, desde 1810 hasta 1853. Ha hecho concesiones, ha hecho nombramientos, ha establecido autoridades, ha mantenido el orden en esas costas, las ha vigilado.

La provincia de Buenos Aires ha defendido las fronteras á su costa, en toda la época de la desorganizacion nacional, como tambien lo habrá hecho en este punto Mendoza.

La provincia de Buenos Aires ha expedicionado con sus ejércitos, ha recorrido las costas del Rio Negro y ha llegado próximamente hasta el Neuquen....

Sr. Puebla—Como lo ha hecho Mendoza.

Sr. Ministro del Interior—Como lo ha hecho Mendoza.

Pero la provincia de Buenos Aires ha ejercido jurisdiccion efectiva en todas las costas del Atlántico, (lo que no ha hecho Mendoza), ha puesto autoridades en sus costas, las ha sostenido, ha mandado sus buques de guerra, sus ejércitos para sostenerlas, lo que no ha hecho Mendoza que solo llevó á cabo expediciones transitorias.

Y la provincia de Buenos Aires, señor presidente, que podia haber invocado estos hechos, estos antecedentes, ha tenido el patriotismo, que le aplaudo, de reconocer que el Congreso tenia la facultad de no detenerse ante ninguna de esas consideraciones, que tenia la facultad de prescindir de todos esos

antecedentes, y declarar: «La frontera de la provincia llega hasta el Río Negro.»

Todo lo demás aun cuando lo haya poseído, aun cuando lo haya sostenido con la sangre de sus hijos, es nacional.

Sr. Puebla—Lo mismo que han hecho todas las demás provincias.

Sr. Ministro del Interior—Es lo mismo que estoy sosteniendo; y por eso le digo que la provincia de Buenos Aires ha reconocido el derecho del Congreso.

El señor diputado cree que Mendoza tiene derechos hasta el Estrecho de Magallanes, y que lo que puede hacer es ceder una parte de sus derechos á la Nacion.

Sr. Puebla—Nunca he dicho tal cosa.

Sr. Ministro del Interior—Si no lo ha dicho, es lo que se deduce de lo que está sosteniendo.

Sr. Puebla—La provincia de Buenos Aires no ha resuelto nada á ese respecto, como voy á demostrarlo.

Es lo contrario de lo que está sosteniendo el señor ministro.

Sr. Ministro del Interior—Señor presidente: no es extraño que nos divida la cuestion de los territorios nacionales; en todas partes ha dado lugar á discusion.

Los Estados Unidos, cuando se constituyeron, eran estados separados, independientes, dueños de territorios determinados; no existian allí territorios nacionales.

La primera cuestion que se suscitó fué la pretension, de parte de algunos estados, de que aquellos que tenían territorios estensos los cedieran á la Nacion, porque esos territorios serian poblados con los esfuerzos y los recursos nacionales.

Entre las facultades del Congreso, en esos momentos, no existia la de aceptar esas cesiones.

Sin embargo, el patriotismo y el buen sentido que han distinguido siempre á los americanos, les proporciónó los medios de resolver esa cuestion; los estados se apresuraron á ceder los territorios á la Union, y el Congreso, aun cuando no estaba autorizado para aceptar la cesion, aceptó.

El ejemplo de esos estados, los mas poderosos, fué seguido por todos los demás, y de este modo vino, en gran parte, la prosperidad y la grandeza de aquella Nacion.

Poco tiempo despues se promovió otra cuestion.

El gobierno americano adquirió el vasto territorio de la Luisiana, por medio de compensaciones pecuniarías á la Francia.

Se suscitó una gran controversia en los Estados-Unidos.

Se dijo que el gobierno no habia tenido facultad para aceptar aquellos territorios.

Fué una de las ruidosas cuestiones parlamentarias y políticas que han tenido lugar en aquel país.

Jefferson tomó participacion en ella, y sostuvo que los Estados Unidos se habian organizado para gobernar el territorio que poseian, pero que no podian adquirir otros nuevos.

A pesar de todo esto, el Congreso aprobó el acto del poder ejecutivo nacional, y el vasto territorio de la Luisiana fué incorporado á la Union.

Y esa resolucion legislativa tuvo mas tarde tambien la sancion de la Corte Suprema de la Nacion, pues habiéndose originado una cuestion sobre propiedades situadas en aquel territorio, se llevó ante ella la validez del título, y la Corte Suprema declaró que el Poder ejecutivo, aun cuando en la Constitucion no estaba establecida la facultad de adquirir territorios, habia procedido bien, y que era una de tantas negociaciones internacionales.

En otros estados las cuestiones de este género son mas sencillas, porque han entrado bajo condiciones espresas y terminantes, que no han tenido lugar entre nosotros.

Por ejemplo, la federacion mejicana.

Méjico, despues de haber pasado por una larga época de inquietudes y de anarquia, que pusieron, como todos sabemos, en peligro la integridad y aun la independencian de aquella República, vino á constituirse bajo la forma federal; habiendo adquirido previamente los estados que componen la federacion mejicana, por tratados, por acuerdos, por actos políticos, el pleno ejercicio de la soberanía.

Despues de esto constituyeron una federacion, pero establecieron en la Constitucion cuales eran los estados que la componian y cuáles eran los límites con que cada uno de ellos entraba á la Union.

Lo mismo sucedió en la República de Colombia.

Despues de la division que tuvo lugar en aquella República á la muerte del Libertador, Colombia se constituyó en estado federal. Reasumieron el pleno ejercicio de la soberanía distintas secciones de Colombia, y mas tarde vinieron á constituir una federacion, en cuya Constitucion se hizo constar cuáles eran los estados que la componian y cuáles eran sus límites.

Y sin embargo de que en esta confederacion han entrado las partes componentes con límites determinados y precisos, consignados en las respectivas constituciones, sin embargo, repito, se reconoció á los congresos la facultad de intervenir en la division de esos mismos estados.

Entre nosotros no hay nada de esto.

Como he hecho notar, las provincias no

han venido con territorios determinados; han confiado ámplamente al Congreso la facultad de fijar los límites respectivos.

Y esta atribucion no debe serle disputada, y esta atribucion es la que yo sostengo, porque todas las demás cuestiones son á mi juicio secundarias. Para mí, lo que hay mas importante en todos estos casos, son los principios constitucionales, en que descansa el orden presente y el orden futuro de la Nacion; son los hechos históricos que no debemos olvidar, que deben ser grandes lecciones para el porvenir.

Sr. Argentó—Nadie ha negado esa facultad al Congreso.

Sr. Ministro del Interior—Señor presidente: yo creo que puedo eximirme de contestar al señor diputado por Mendoza, que en forma tan acentuada establecia anoche cual era el origen de nuestra nacionalidad.

Sr. Puebla—Yo rogaria al señor ministro que distinguiera á cual diputado se refiere, porque, por mi parte, no he dicho mucho de lo que nos hace decir *en globo*, al objeto de replicarnos.

Sr. Funes—Tanto vale.

Sr. Ministro del Interior—¿Qué quiere el señor diputado? ¿de qué nombre especialmente?

Sr. Puebla—Sí, señor.

Sr. Ministro del Interior—No tiene derecho á pedirme eso.

Sr. Puebla—¿Por qué?

Sr. Ministro del Interior—Porque no lo tiene.

Sr. Puebla—Perfectamente, si así lo cree: —contestaré después.

Sr. Ministro del Interior—Si no lo ha dicho, no se aplique mi contestacion.

Un señor diputado por Mendoza acentuaba anoche cual era la opinion que él tenia acerca del origen de nuestra organizacion, y me parece que estableció lo siguiente: las provincias soberanas vinieron á constituir la Nacion; las provincias eran dueñas de territorios determinados, que han conservado.

Sr. Serú—La segunda parte, solamente, señor: bajo el punto de vista de la propiedad, es decir, del dominio del territorio; no bajo el punto de vista de la soberanía nacional ni provincial. Son dos cosas para mí completamente distintas.

No niego la entidad nacional sobre las provincias; niego, sí, el dominio absoluto de la Nacion sobre todos los territorios que señalan sus límites fronterizos, y no acepto el desconocimiento que implica la doctrina del señor ministro, de toda existencia de territorios bajo el dominio de las provincias.

Sr. Ministro del Interior—Bueno, señor, me felicito de la esplicacion á que he dado lugar. Ella revela que estamos de acuerdo con el señor diputado.

El reconoce que la Nacion ha precedido á las provincias; que la Nacion no es el resultado de las provincias; que la Nacion ha existido en todos los tiempos, como lo acabo tambien de sostener y demostrar, citando las épocas mas brillantes que su historia registra.

Efectivamente, es así; y supuesto que la observacion del señor diputado se ha limitado al dominio de la tierra, la doy por contestada con la prolíja demostracion que hice anoche y que he complementado en esta sesion.

Yo decia, señor presidente, que era muy satisfactorio para mí no tener que prolongar esta réplica en el punto á que nos hemos referido. Pero no debo, sin embargo, dejar la palabra, sin contestar brevemente algunas otras observaciones que ha hecho un señor diputado por Mendoza.

El se ha mostrado opuesto, me ha parecido, á la colonizacion por el gobierno nacional.

Sr. Puebla—No tal cosa.

Sr. Ministro del Interior—El se ha mostrado adverso á que el gobierno nacional ejerza administracion en los territorios nacionales; él encontraba incompatible con la autonomia y la prosperidad de las provincias, que la Nacion tomase á su cargo los territorios que lindan con ellas; creia que estos territorios serian mejor y mas fácilmente administrados por las provincias mismas.

Hacia, ademias, otras observaciones: divisaba una política absorbente, contraria hasta cierto punto, á la índole del gobierno federal; cree que las tendencias de esa política se manifiestan en la unidad monetaria, en los bancos, en la poblacion de los territorios nacionales y en algunos otros hechos que llamaban su atencion.

No sé si reproduzco con fidelidad su pensamiento, y si no fuera así, retiraría con mucho gusto cualquiera equivocacion.

Sr. Serú—He dicho *absorbente, centralista*.

Sr. Ministro del Interior—Perfectamente: acepto la rectificacion.

Señor presidente: no he podido darme cuenta de que el cumplimiento de deberes que la Constitucion impone á los poderes nacionales, pueda importar el trastorno del sistema que ella ha establecido.

Ella ha conferido á los poderes nacionales—porque no tratamos del Poder ejecutivo; en este momento, lo que ménos estoy defendiendo son sus atribuciones; estoy defendiendo las del Congreso—ha conferido, decia, á los poderes nacionales, la facultad de establecer un Banco; les ha conferido la facultad de establecer la unidad de pesas y medidas, la unidad monetaria, y todas estas medidas son reclamadas por el orden y por la prosperidad de los pueblos.

No me esplico, pues, que el cumplimiento de estas prescripciones pueda ser la manifestacion de una tendencia centralista, absorbente, contraria á la índole de las instituciones que la misma Constitucion ha fundado.

Sr. Puebla—Es la aplicacion la que puede ser mala.

Sr. Ministro del Interior—Esa es otra cuestion. La aplicacion depende de los hombres.

Sr. Puebla—Es la significacion que se dá, en la práctica, á las instituciones.

Sr. Ministro del Interior—Esa es otra cuestion, no es la que estamos discutiendo.

Pero, ella tiene remedio en la Constitucion; no lo querrá usar el señor diputado.

Sr. Puebla—Es un remedio muy poco práctico.

Sr. Ministro del Interior—Señor presidente: yo no puedo explicarme el modo de presentar las cuestiones, que empieza á dominar de algun tiempo á esta parte.

Se habla de la Nacion y de las provincias, de los derechos de la Nacion y de los derechos de las provincias, y se presentan las cuestiones bajo formas tan oscuras, que cualquiera comprendería que tratamos de entidades antagónicas, de entidades rivales.

Yo me esplico que en las federaciones (que probablemente han venido á perturbar el espíritu de los señores diputados por Mendoza) como en la de la Alemania, compuesta de estados completamente soberanos, independientes, en que el gobierno nacional era una creacion artificial, aun cuando fuera una creacion política; como en la Suiza, que al principio fué una confederacion de cantones, en que realmente prevalecía el sentimiento local y las aspiraciones locales; como en México, despues de sus descomposiciones, despues de la anarquía producida precisamente por las exageraciones del federalismo; yo me esplico, decia, que en esos países se pueda hablar de la nacion y de sus poderes como de algo que inspira recelo, que inspira desconfianza. Pero entre nosotros,—en que la Nacion y las provincias son una misma cosa; en que los intereses están perfectamente solidos y unidos; en que el engrandecimiento, el bienestar y la prosperidad de las provincias es el bienestar, el engrandecimiento y la prosperidad de la Nacion; en que es uno mismo el sentimiento en las aspiraciones, en los recuerdos y en las tendencias del espíritu público,—no me esplico absolutamente esta propension á hablar de la Nacion y de los poderes nacionales, como de algo que pueda inspirar recelo á las provincias, como podríamos hablar del Brasil, de la Rusia ó de otro gobierno que estuviera muy distante de nosotros.

No me esplico que los poderes que surjen del voto popular, que son la expresion de la confianza pública en momentos determinados, puedan, seis meses despues de estar en ejercicio de sus atribuciones, inspirar estas inquietudes; y repito que no estoy hablando del Poder ejecutivo, pues es del que ménos me ocupo en este momento: hablo del Poder legislativo, que, por nuestra Constitucion, es el que asume mayor suma de soberanías, el que tiene mas ámplio ejercicio de atribuciones.

¿Para qué vá la accion nacional á las provincias? Vá para llevar los ferro-carriles, para habilitar los puertos, para asegurar las fronteras; esas fronteras, en que, como el señor diputado por Mendoza nos decia anoche, trabajan quince ó veinte mil hijos de San Juan y de Mendoza.

No son las armas de Mendoza, por muy meritorias que sean, las que han dado seguridad á esa seccion de la República, en que están labrando su bienestar los quince ó veinte mil hijos de las provincias á que el señor diputado se ha referido; son las armas de la Nacion, las que han conquistado esos territorios, para incorporarlos al trabajo de todos: al trabajo de las provincias, al trabajo de la Nacion. Son los recursos de la Nacion, los que llevan los ferro-carriles que han de dar animacion y vida á esas provincias; son los recursos que vota este Congreso, en que están representadas todas las provincias, en sus tendencias y aspiraciones legítimas, los que van á esparcirse en aquellos territorios, que nunca podrán mirar con sospecha las provincias que se encuentran inmediatas!

No encuentro, pues, justificado absolutamente lo que se ha indicado á este respecto. Pienso, por el contrario, que estamos en circunstancias especiales.

No tenemos intereses antagónicos de ninguna clase; no tenemos rivalidades, ni aun displicencias. Las provincias con la Nacion son una misma entidad; las provincias entre sí son una misma cosa. No hay preferencias económicas, no hay preferencias históricas, no hay siquiera esas preferencias que pueden herir la susceptibilidad de los pueblos!

No tenemos cuestiones sociales, como han tenido los Estados Unidos, durante cincuenta años, en que la esclavatura dividió profundamente aquel país, y vino á terminar, produciendo, al fin, el sacudimiento mas grande que ha presenciado la humanidad en este siglo!

No tenemos tendencias antagónicas como la Suiza, en la que, por mucho tiempo, ha dominado el espíritu local; las tendencias locales que á fuerza de vivas resistencias fueron ven-

cidas para establecer un gobierno central, con importantes atribuciones.

Nuestros intereses son perfectamente armónicos, tanto los de la Nación en sus relaciones con las provincias, como los de las provincias, en sus relaciones recíprocas.

No tenemos rivalidades económicas.

Las provincias de Cuyo, con su producción, con sus plantaciones, con su intermediación á Chile, tienen las bases de su riqueza futura. Las provincias del litoral, con su ganadería, su situación ventajosa, la agricultura que en ellas se desarrolla, sus ríos y sus puertos, tienen todo lo preciso para su desenvolvimiento. Las provincias centrales tienen en su riqueza mineral, que pronto explotarán merced á los ferro-carriles, la base de una prosperidad venidera. Mientras que las provincias del norte, con la templanza de su clima, y las anchas vías que las unen con Bolivia y con el Perú, tienen también aseguradas las bases de su engrandecimiento.

No hay, pues, entre nosotros, intereses antagónicos de ninguna clase; hay intereses armónicos, recuerdos gloriosos que es preciso perpetuar en el trabajo común, instituciones que ha costado mucho tiempo elaborar y que es necesario mantener, salvándolas de interpretaciones equivocadas!

No soy de los que cuando se trata de una cuestión política van á buscar las opiniones de veinte ó treinta años atrás, manifestadas por los hombres á quienes tienen que contestar.

He leído y comprendo que las exigencias de la política, los grandes cambios que ella produce, autorizan á los hombres á modificar en ciertos casos sus opiniones; pero cuando uno se encuentra en una situación contraria á la que acabo de indicar, se experimenta una satisfacción, y pido á la Cámara que me dispense esta debilidad personal.

Las opiniones que he manifestado, que he sostenido y que sostendré por mucho que lamentamente tener contradictores que merecen mi consideración, esas opiniones, señor presidente, las he sostenido hace veinte años...

Sr. Serú—Yo estoy de acuerdo con la mayor parte de ellas.

Sr. Ministro del Interior—Están escritas en un trabajo que entregué á la publicidad. No figuraba activamente entonces en la política, ni era miembro de aquel gobierno; no figuraba entre sus amigos políticos, no pertenecía al partido que él representaba.

Veinte y tantos años después, teniendo el honor de formar parte del actual gobierno nacional, vengo á sostener los mismos principios, las mismas doctrinas que sostuve cuando era opositor. He creído que ellos conducen al órden, á la felicidad de mi país; y los man-

tendré, señor presidente, probablemente mientras viva, porque son muy permanentes en mi ánimo las aspiraciones al engrandecimiento de la Nación.

He dicho.

Varios señores diputados—¡Muy bien!

Sr. Puebla—Pido la palabra.

Debo comenzar pidiendo disculpa á la Cámara si me veo casi forzado á tomar la palabra por segunda vez y molestar un momento su atención, dado el giro que le ha dado el discurso del señor ministro.

Y debo anticipar al señor ministro del interior, mis excusas si, tratándose de una cuestión tan grave, y afrontándola bajo el nuevo y amplio punto de vista á que él la ha llevado, abriendo nuevos horizontes para tomar la cuestión en los puntos fundamentales que entraña el proyecto en discusión, pudiera, en la improvisación á que me veo obligado á hacer para contestar un discurso tan luminoso y tan bien meditado como el suyo, pudiera, digo, en alguna manera, pronunciar alguna palabra que fuera á interpretarse como algo agresivo ó inconveniente.

No estoy acostumbrado á hacer improvisaciones, y podría, por defecto orgánico, tal vez, de subordinar mi palabra á mi voluntad, producir cualquier concepto que fuera inconveniente, no siendo mi ánimo en manera alguna que tenga otro giro que el que la idea en sí pudiera encerrar.

Digo, señor presidente, que la cuestión parecía agotada ya en la discusión; pero, el señor ministro del Interior, con la habilidad que tiene para afrontar las cuestiones, ha venido con diplomacia suma á englobar en un solo debate todas las distintas que entraña el proyecto, saliendo aun del punto en discusión, que era el inciso primero, referente á la gobernación de la Pampa ó del Neuquén, y límites con Mendoza.

Con este procedimiento, señor presidente, el señor ministro del interior procedía muy hábilmente, sin duda, por lo que ha tenido que valerse para contestar las razones y la modificación que he tenido el honor de proponer, de argumentos que en nada se refieren al punto en discusión, en la modificación que propongo.

Ha tomado la discusión en su base general, refiriéndose única y exclusivamente á la discusión que vendrá dentro de dos ó tres sesiones, tal vez, sobre la organización de los límites de los territorios nacionales de la parte del Chaco, punto que aun no está en discusión.

Ante todo, señor presidente, creo que debo volver á rectificar una parte de su discurso, y ese es el principal objeto que me hace tomar la palabra.

El señor ministro del Interior, refutando parte de mi argumentacion hecha en la sesion anterior, ha aseverado que la inteligencia y el alcance de la ley que yo habia citado, su testo casi, es completamente distinto del que le doy. Esto entrañaria un cargo de deslealtad en la discusion, que bajo ningun pretesto aceptaré.

Conviene que la discusion quede en su verdadero punto de vista en esta parte.

He asegurado á la Honorable Cámara que no hay ley definitiva de límites para las provincias que limitan por la Pampa, como ser las de Mendoza, San Luis, Córdoba y Buenos Aires; y he dicho mas, que esa era la inteligencia de la ley, que no fué obra del Poder ejecutivo, puesto que el proyecto que envié tenia cuatro artículos y la Comision respectiva de la Cámara le dió una estension muy distinta, como puede verse por su redaccion.

Mas, encerraba esta idea fundamental que leí en la sesion anterior, que el señor ministro ha pasado sobre ella, y que me voy á permitir leer aun á riesgo de fatigar á la Cámara.

Debo advertir antes, que los fundamentos de la ley están consignados en un informe que la Comision presentó por escrito, porque, como decia el señor Mitre, miembro informante de la Comision, el asunto era grave.

En la parte que se refiere á los límites, parte que no tenía el proyecto del Poder Ejecutivo, que es obra de la Comision de esta Cámara, decia lo siguiente: «Como la nacion no puede ni debe adquirir ó conservar territorios, sino para usos nacionales, ó para convertirlos en nuevas provincias, esos límites pueden considerarse provisorios, pues una vez aplicado el producido de las tierras de la Pampa central á los gastos que ocasione su conquista, y establecida definitivamente la frontera del Rio Negro, ese territorio debe ser distribuido entre las provincias colindantes.»

Esto está firmado por los señores Mitre, Lopez (V. F.), Barros, Andrade y Pellegrini.

Después de leído este informe, el señor Mitre solo dijo cuatro palabras: «La Comision se refiere por todo informe al que los señores diputados tienen en su poder y que es la base y fundamento de esta discusion.»

El señor ministro del Interior nos ha dicho que el ministro de la Guerra de entonces, actualmente presidente de la República, dió otra inteligencia á esta ley en la discusion.

Francamente, señor, no esperaba un argumento de esta clase en los labios del señor ministro del Interior.

¿Variaria, acaso, la inteligencia de la ley, inteligencia que consta en un informe escrito presentado por una Comision, y sobre el cual no hay discusion; variaria, digo, la intelligen-

cia de la ley porque un miembro del Poder Ejecutivo la interpretase de otra manera?

Sr. Barra—Como coincidencia en el juicio.

Sr. Puebla—No hay tal coincidencia de juicio que pudiera dar á entender que la cuestion habia cambiado de aspecto, es decir, que estos límites eran definitivos.

¿Por qué?

Por esto: porque he recorrido antes de ahora toda la discusion que viene en seguida, y la he vuelto á recorrer hoy, después de haber oído aseverar al señor ministro una cosa que es contraria á lo que consta en el libro de sesiones, y solo he encontrado que la discusion se limitaba al objeto principal, cual era la expedicion al Rio Negro; la idea de determinacion de límites figuraba como una idea accesoria, para buscar recursos con la venta de esa tierra que se deslindaba provisionalmente, por un convenio, como he dicho antes, hecho por el Congreso Argentino para realizar aquella idea benéfica.

En la discusion nada se modificó. Hubo, es cierto, una discusion entre el señor Mitre y el señor Quesada, sobre límites de la provincia de Buenos Aires; pero á nada se arribó, porque vino en seguida la protesta del gobernador de Buenos Aires, que figura aquí en la página 271, que daba tambien á la ley la inteligencia que yo le doy, y decia: «La nueva ley que se proyecta, (la de límites) tampoco seria esa ley, (de límites) porque comprende solo las provincias que pretenden extender sus frentes sobre la Pampa, y porque los límites que fija, segun el informe de la Comision especial que ha estudiado el proyecto, por encargo de V. H., son provisorios.»

Tambien lo entendia así esta protesta, como se vé.

La objecion hecha por el señor Quesada, que fué el que trató de abrir discusion sobre este punto, fué rehuida por esta Cámara, porque no se tomó en consideracion, porque las circunstancias eran anormales. Todos sabemos la época que atravesaba el país, y entonces se resolvió el punto de una manera diplomática, diré así, y pasando por sobre la cuestion y protesta del gobernador Tejedor.

Luego lo que queda en verdad y en estricto derecho, es lo que he mencionado: la inteligencia de la ley dada por la discusion y por el informe escrito de la Comision.

Consignaba la idea sobre límites, como se establece aquí, como una idea financiera para realizar el pensamiento principal, cual era el de la expedicion al Rio Negro.

Por ese medio se buscaba los recursos que se necesitaban.

Y repito lo que dije en la sesion anterior; el Congreso no ha podido, no puede resolver

de una manera incidental, y hasta cierto punto poco seria, esta dudada cuestion sobre límites de cinco provincias importantes.

Creo que no debo fatigar mas la atencion de la Honorable Cámara, á este respecto, porque el debate ya se ha prolongado demasiado, y me parece que está agotado en este punto.

Las palabras que acabo de pronunciar, no han tenido otro objeto que hacer una rectificacion á la esposicion del señor ministro del Interior.

Ellas son suficientes para que la Cámara se persuada de la exactitud de los hechos.

En la sesion anterior, tomando la cuestion del punto de vista constitucional en que venian á quedar las provincias limítrofes con los territorios de la Pampa, decia: este proyecto entraña una cuestion fundamental, una cuestion mucho mas importante, una cuestion mucho mas trascendental, cuestion seria que se quiere ocultar con la organizacion de los territorios nacionales.

Esto no es extraño, señor presidente; esto es natural, es lógico, porque obedece al espíritu diplomático, á la habilidad reconocida del señor ministro del Interior, á ese tacto especial que tiene para presentar cuestiones graves y trascendentales que comprometen los intereses generales del país, bajo un prisma sencillo, envuelto en una idea incidental y siempre simpática.

Y esta habilidad del señor ministro del Interior, la vemos realizarse en las distintas fases de los negocios publicos que le atañen.

El Congreso Argentino, señor presidente, no puede resolver esta fundamental cuestion delimites de las provincias,—porque de eso es precisamente de lo que se trata por el proyecto de ley que discutimos,—sin afrontarla con la enerjia y franqueza con que debe hacerlo, y como generalmente lo hace en asuntos graves.

Y, por mas que se diga que esta es una ley de carácter provisorio, creo haber demostrado —y me parece que mi tésis es la mas aceptable—que la ley que discutimos resuelve la difícil cuestion de límites, aunque sea de una manera incidental.

He dicho,—y esto no ha sido contradicho por el señor ministro del Interior, y creo que no ha de serlo, aunque avance una opinion muy aventurada á este respecto, por ningun señor diputado que tenga respeto por la Constitucion,—que el proyecto que discutimos es completamente inconstitucional y que él importa una intervencion, por parte del gobierno general, en territorios disputados por las provincias, en territorios en litigio sobre límites provinciales.

El Congreso Argentino no tiene sino facultades delegadas, limitadas.

¿De qué disposicion de la Constitucion se desprende que el Congreso tenga esta grave atribucion de ir á gobernar en un territorio de propiedad provincial, cuyo gobierno está reconocido y sostenido por la Constitucion provincial, cuya forma republicana le garantiza la carta fundamental?

No me esplico que en estas tierras pueda establecerse una gobernacion dependiente del Poder ejecutivo nacional, cuando aún no son del dominio de la Nacion.

Es un absurdo pretender gobernar territorios que no pertenecen aun al dominio de la Nacion, que no están bajo la potestad legislativa de sus leyes.

Y es monstruoso y evidentemente inaceptable, ejercer dominio sobre una cosa que se halla en litigio, sujeta al gobierno de las provincias.

Y no importa otra cosa que ejercer un acto de dominio eminente, gobernar un territorio disputado, apoderarse de su administracion y encargarse del percibo de sus rentas.

Este es, á mi juicio, el objeto capital de la ley que discutimos; y siendo esto así, claro, señor presidente, que no tiene asidero constitucional en nuestras instituciones y en los principios de nuestro gobierno, bajo cualquier aspecto que se la considere.

En ninguna de las cláusulas de nuestra Constitucion se dá facultad al gobierno nacional para ir á ejercer actos de jurisdiccion y de gobierno en territorios que no quedan fuera de los límites de las provincias.

Luego, entonces, es evidente que la ley que discutimos es una ley arbitraria é inconstitucional, porque limita el territorio de las provincias, porque se apropia sus rentas, porque establece gobiernos dependientes del ejecutivo nacional en territorios que previamente no han sido declarados federales.

Nadie ha sostenido en la Cámara, ni nadie ha de poder sostener la tésis que el señor ministro del Interior ha asentado solamente por darse el placer de replicarnos.

Nadie ha de declarar,—porque esto es imposible—que su deseo es que no haya nacion; nadie va á pretender que deba segregarse una parte de ella, en perjuicio de la union nacional, que todos hemos aceptado y que todos debemos acatar.

Pero no se trata de esto, señor presidente.

Eso es sacar la cuestion de su verdadero punto de vista.

Pero ya que la cuestion se coloca en este terreno, yo debo decir, que la tendencia que tiene la ley, es siempre centralista, es siempre una tendencia marcada á la unidad del gobierno nacional, y su supremacia es siempre perjudicial á la autonomia legal de las provincias

en sus límites jurisdiccionales y á su propio gobierno.

Y esto es lo que he dicho y sostengo, que no es legal, que no es conveniente, que no es oportuno y que no puede ser constitucional.

Yo no extraño que el señor ministro del Interior sostenga con tanto ardor esta cuestion, porque reconozco en él al unitario *enragé*, al antiguo *leader* del centralismo de las fuerzas vivas de la Nacion y del anonadamiento completo de la integridad y de la autonomia de los estados que forman la Union Nacional.

No es extraño que el señor ministro del Interior se manifieste en esta corriente de ideas que desarrolla en su discurso.

Es el antiguo unitario que pretende hacer triunfar sus teorías!

No hay que extrañarlo!

La conducta del señor ministro es perfectamente consecuente con sus antecedentes, con sus tendencias conocidas; pero desgraciadamente, esas ideas no pueden imperar hoy, porque se hallan en flagrante contradiccion con nuestros antecedentes políticos y constitucionales; están en manifiesta pugna hasta con las pasiones y los deseos del pueblo argentino.

Para reaccionar contra nuestro sistema de gobierno federal actual, para conseguir que las ideas del señor ministro triunfen, se va á entrar al territorio de las provincias á fundar gobernaciones del Poder ejecutivo, sin que previamente se determinen sus límites, facultad que las provincias no han delegado en la Nacion.

Ya se ha manifestado, señor presidente, esta tendencia unitaria en la legislacion, en la segregacion de una parte del territorio de la provincia de Corrientes, para establecer la capital del territorio de Misiones.

Se ha manifestado tambien en la segregacion de dos pueblos de la provincia de Buenos Aires para ensanchar la Capital de la República, y se manifiesta ahora, por medio del proyecto que discutimos, sin tener la deferencia de oír y ver titular, en cualquier forma que sea, á las provincias.

Luego, pues, el propósito, la tendencia es conocida; lo revelan estos hechos y muchos otros que creo escusado enumerar.

Peró, no es mi ánimo hacer un debate enojoso que siempre trato de escusar.

Solamente diré que el señor ministro del Interior, en quien siempre he reconocido una de las mejores garantías de nuestro gobierno, porque es la cabeza capaz de dirigir la nave del estado, sigue siempre sus teorías de centralismo y de unitarismo, siendo de esa manera, consecuente con sus antecedentes; teorías que, al menos en mi entender, son inaceptables en la época actual y ante

nuestra carta fundamental que consagra el sistema federal de gobierno.

Es cuestion de escuela, se dirá, la que se suscita ahora bajo las formas amplias en que el señor ministro la ha establecido en la sesion anterior.

Efectivamente, señor presidente, es cuestion de escuela; pero hay que averiguar cual es mas conveniente y aceptable, si la del señor ministro ó la de aquellos que, como yo, profesamos la forma republicana de gobierno que la Constitucion ha establecido, que es la republicana federal, no la unitaria centralista.

Creo que la doctrina que sostengo es preferible, señor presidente, porque está en la letra de nuestra bandera: Constitucion, que debe ser nuestro evangelio político.

Los artículos 5.^o y 6.^o de la Constitucion, establecen que la Nacion no tiene ingerencia en los territorios provinciales, á objeto de ejercer administracion política, sinó en los casos de atribuciones delegadas por estas mismas provincias.

La Constitucion ha hecho mas: ha reconocido la soberanía de las provincias, como estados componentes de la union; es decir, de la union federal, no de la union centralista que nos pintaba el señor ministro con tan vivos colores.

Nosotros nos hemos constituido en república de sistema federal; la Constitucion que nos rige ha sido hecha por representantes reunidos en Congreso por voluntad del pueblo de las provincias que la componen, como dice su preámbulo, y ella reconoce á esas provincias un gobierno propio, cuya autonomia debe respetarse.

Y bien, no me ha de demostrar el señor ministro, con buena lógica, que puede existir un gobierno de provincia autonómico, respetable y respetado, si el gobierno de la Nacion está obligado á sostenerlo; sí, para llenar la menor de sus necesidades, aquel tiene que pedirle auxilio á éste, viviendo del tesoro nacional.

La autonomia de las provincias implica la necesidad de dejarles medios de gobierno, así como implica la necesidad de respetar la integridad de su territorio, porque mal puede haber autonomia de gobierno, sin autonomia en el territorio gobernado.

El señor ministro ha repetido con insistencia que no podia negarse la facultad del Congreso para determinar los límites. Nadie la ha negado! La prueba es que todos venimos á discutir aquí los derechos de las provincias á la parte de territorio que creemos que les pertenece, aunque nos encontramos en una posicion desventajosa, tratándose de un proyecto despachado hace quince dias, solamente, en el que se viene á resolver, incidentalmente, esta cuestion tan grave, sin darnos tiempo siquie-

ra para buscar los antecedentes favorables á lo que sostenemos.

Nadie niega esta facultad, señor presidente; con la diferencia que, mientras nosotros pretendemos que se aplique con arreglo á los principios de nuestra Constitucion, el señor ministro del Interior le dá un alcance tal que, si se aceptasen sus ideas y llegasen á aplicarse en toda su latitud, llegaríamos muy pronto á este resultado: que las provincias no serian nada, sino simples circunscripciones dependientes del ministerio del Interior, y con un territorio que por complacencia se les asigne en leyes como esta.

Este seria el *desideratum* de algun centralista ultra, que quisiera ver implantado entre nosotros esta forma de gobierno.

Pero esto no está conforme con nuestras tradiciones políticas; no es la forma de gobierno republicano que nos hemos dado, que es la federal, es decir, con estados *federales* de autonomía amplia en su gobierno y en su territorio.

El artículo constitucional citado, acordando al Congreso la facultad de fijar los límites territoriales, debe, pues, aplicarse tomando en cuenta todos estos antecedentes.

No somos, como decia el señor ministro con mucha razon, una república con estados *confederados*. ¿Quién no sabe eso? Nadie lo ha pretendido. Pero si somos, y no es posible negarlo, una república con estados *federales* que deben tener autoridades propias, una forma de gobierno republicana, garantida por la Constitucion; estados *federales* que enviaron al Congreso constituyente representantes, con el objeto de constituir la union nacional, como dice el preámbulo de la Constitucion que dictaron y que todos respetamos, y donde se habla, además, de pactos preexistentes.

Pero no debemos remontarnos, como ha dicho el señor ministro, á tiempos anteriores; debemos limitarnos á pedir que se conserve ese todo armónico, la Nacion, con sus poderes generales y con provincias, con poderes locales, con vida propia, con la autonomía del gobierno propio, y del territorio en que ese gobierno se ejercita é impera.

Debemos cooperar á que ellas sean grandes, á que ellas sean ricas y poderosas, porque en su engrandecimiento estriba la grandeza de la Nacion Argentina. Son las partes componentes de este inmenso cuerpo; y de su engrandecimiento, lo repito, es que ha de nacer la grandeza de la República.

No la veo en otra parte.

Seria ultrapasar la facultad acordada por la Constitucion, anonadar la existencia de las provincias como estados que tienen su autonomía propia. Seria inconveniente, antipa-

triótico; seria pernicioso bajo cualquier punto de vista que se le considere.

No me esplico, pues, estas tendencias en la legislacion que vamos á dar; estas doctrinas de centralismo político, cuando la Constitucion misma, en distintos artículos, que no leo porque son bien conocidos de los señores diputados y me bastaria enumerarlos, garante esa autonomía.

Y sinó, pregunto al señor ministro, ¿cómo me esplica esta prescripcion constitucional: las provincias, como estados autonómicos, tendrán su representacion en una de las Cámaras del Congreso, en el Senado?

Qué! ¿Acaso haya quien ignore que esa creacion, bien sábia, de los norte-americanos, que hemos adoptado, responde á formar una Cámara conservadora que tenga por objeto, única y exclusivamente, representar la autonomía de los Estados? ¿Quién levantaría la voz, para negar este principio fundamental?

Cualquiera voz, señor presidente, que se levantara en contra, iria contra el texto espreso de nuestra Constitucion, reaccionaria contra el sistema federal de gobierno que nos rige!

Algunos diputados.—Muy bien!

Sr. Puebla.—Entonces, los que sostenemos la autonomía relativa de las provincias, en su gobierno y en su territorio, (porque no hay gobierno sin territorio, lo uno implica lo otro, y lo contrario seria simplemente una ficcion mitológica) nos fundamos en esta prescripcion constitucional, fundamental, entre otras: una Cámara que representa esa autonomía provincial entre los estados grandes y chicos.

Porque el Senado no tiene otra esplicacion que la autonomía de los estados en el gobierno general de la Nacion. Y la autonomía de esta manera: que todos tengan dos representantes, para mantener la igualdad.

Luego, existe esta autonomía, negada por el señor ministro del Interior en su discurso.

Luego, existe forma federativa de gobierno. Luego no existe esta forma de gobierno que hay tendencia á implantar con la legislacion positiva, despues de desterrada de la Constitucion, y que haria tabla rasa de nuestros antecedentes constitucionales, de nuestros antecedentes políticos, de nuestras pasiones, en fin, de todo lo que ha contribuido á la organizacion de la Nacion Argentina.

No hay antecedente constitucional ni legal, que pudiera autorizar esto; porque, á pesar de los que nos ha anunciado el señor ministro, he buscado y no he encontrado ninguno, absolutamente ninguno.

Me opongo, pues, á esta medida que entraña un peligro y á los principios proclamados en el discurso que replico. Me opongo en

nombre de los intereses nacionales, en nombre de los intereses materiales y políticos de la Nacion!

¿Cuál sería el interés político que exigiera sancionar y aceptar los conceptos y principios del señor ministro? No veo otro sino el centralismo.

No puede ser un objeto constitucional.

Sería el interés de ver formarse nuevos estados, con pueblos nuevos?

¿Y para qué se quita á las provincias de Mendoza y San Luis, esta parte de territorio, cuando hay mas de treinta mil leguas de territorios federales?

Para colocar en calidad de párias á los habitantes de esos pedazos de su territorio, por algunos años, hasta que haya en cada punto dado dos mil habitantes y puedan dentro de muchos años recuperar los derechos políticos que hoy perderán.

Hay prevision en esto?

Y no se diga que allí se va á hacer ciudades.

Las leyes se dictan para satisfacer necesidades del presente y no necesidades del porvenir.

A ser lógicos, podria proponerse que reglamentáramos tambien, desde luego, las condiciones higiénicas de esas ciudades, que van á brotar en el centro de la Pampa á impulsos de esta ley, como lo espera el Ministerio,—ó simplemente que deliniáramos sus calles y les diéramos nombres!

Como he dicho ya, mi objeto es noble: sentar un principio constitucional protestando á la vez contra teorías que creo inaceptables y peligrosas.

Concluyo, porque no quiero ser molesto á la Cámara.

Varios diputados—Muy bien!

Sr. Calvo—Fido la palabra.

Sr. Presidente—Hará uso de ella el señor diputado, despues de un cuarto intermedio, al que invito á la Cámara.

—La Cámara pasa á cuarto intermedio.

—Vueltos á sus asientos los señores diputados, continúa la sesion.

ASUNTOS ENTRADOS

Sr. Presidente—Se vá á dar cuenta de un mensaje del Poder ejecutivo recientemente recibido, y de un despacho de Comision.

COMUNICACIONES OFICIALES

Buenos Aires, Setiembre 19 de 1884.

Al Honorable Congreso de la Nacion.

Habiéndose sometido al estudio de V. H. el proyecto de Código de procedimientos en materia penal preparado por la Comision especial que revisó el trabajo del doctor don Manuel Obarrío, y el de Enjuiciamiento por Jurados

redactado por la misma Comision sobre la base del elaborado por el doctor don José Dominguez, el Poder ejecutivo siente la necesidad de ocurrir á V. H. en solicitud de los fondos necesarios para satisfacer los honorarios á que se han hecho acreedores los miembros de aquella, en virtud de los servicios prestados.

El monto de la compensacion, que para dicho objeto figura en el proyecto adjunto, es equitativo á juicio del Poder ejecutivo, no solo con relacion al mérito que contienen los citados proyectos y al estudio y meditacion que revelan, sino comparativamente con los honorarios acordados en casos análogos.

Dios guarde á V. H.

JULIO A. ROCA.

EDUARDO WILDE

PROYECTO DE LEY

Art. 1º Autorízase al Poder ejecutivo para que invierta de rentas generales y con imputacion á esta ley, hasta la suma de 12,000 pesos moneda nacional en el pago de los honorarios á la Comision compuesta de los doctores don Onésimo Leguizamón, don Filemon Posse y don J. E. Barra, que hizo la revision del proyecto de procedimientos en materia Penal del doctor don M. Obarrío y del Enjuiciamiento por Jurados del doctor don José Dominguez.

Art. 2º Comuníquese, etc.

E. WILDE.

(Comision de Legislacion.)

DESPACHO DE LAS COMISIONES

—La Comision de Presupuesto se ha expedido en los proyectos de leyes de impuestos fiscales para 1885.

ADMINISTRACION Y GOBIERNO DE LOS TERRITORIOS NACIONALES

Sr. Presidente—Continúa la discusion de la órden del dia.

Tiene la palabra el señor diputado Calvo.

Sr. Calvo—Señor presidente: hemos pasado algunas horas oyendo una de las mas bellas é interesantes discusiones de que he sido testigo en esta Cámara.

He seguido muy especialmente, con una atencion intensa, al señor ministro del Interior, cuando ha trazado un cuadro histórico de nuestras vicisitudes, con acabada perfeccion, impelido por el señor diputado por Mendoza. Le he seguido en todas las transiciones, desgraciadas ó felices, de que ha hecho mencion, desde la fundacion de la colonia hasta nuestra Independencia, y desde nuestra Independencia hasta nuestra anarquía, nuestra tiranía y nuestra organizacion actual.

Todo lo hemos pasado en revista; y despues de pasarlo en revista, y despues de oír la palabra ardiente del señor diputado por Mendoza, que me ha llenado de emocion algunas veces, recién ha venido la verdad del raciocinio, á traerme el convencimiento de que la mayor parte de las aseveraciones he-

chas por él, están enteramente fuera de la cuestion. Y el tiempo transcurrido durante el cuarto intermedio, dándome tiempo para reflexionar, ha ordenado mis ideas y me ha puesto en aptitud de encarar la cuestion con la serenidad con que debe encararla un legislador argentino, de la actualidad, ya definida, sin preocuparse de nuestras desgracias pasadas, ni de la historia del rey de España y sus mercedes, de la administración colonial que pasó, ni de las discusiones domésticas que nos dividieron, ni de las cuestiones que hubieran podido existir entre los unitarios y federales, de 1826 y años anteriores, que han concluido para siempre felizmente, y no volverán jamás.

Estoy muy distante de aceptar que exista aun quien evoque las ideas constitucionales del señor don Bernardino Rivadavia, para hacer unitaria á la República, ni las del Coronel Dorrego, para hacerla completamente federal, en el sentido que lo quería Artigas; ni las de los defensores de los exagerados derechos provinciales, que no pueden traernos mas que desquicio, desórden, debilidad, desgracias, anarquía y ruina.

La cuestion, para mí, es infinitamente mas sencilla.

Se trata de los territorios nacionales.

No es histórica propiamente, porque nuestra historia constitucional empieza en 1853 y los precedentes coloniales, aunque hechos históricos anteriores, no tienen siempre valor ni aplicacion al régimen federal que seguimos, y rara vez tienen importancia legal.

No es cuestion política tampoco.

Es eminentemente práctica, de organismo constitucional; está imperativamente ordenada y resuelta por la Constitucion.

Y tratándose de la Constitucion, no hay mas que dos términos: ó obedecerla, cumpliendo sus preceptos, ó hacerse sedicioso, combatiéndolos.

Nosotros, pues, no tenemos mas mision que obedecer la Constitucion, mientras no sea reformada; y en el caso presente solo se trata de cumplirla, ó, si se quiere, de interpretarla.

Pregunto, entonces, —y es la interrogacion que me he hecho ya mismo veinte veces durante el tiempo que ha transcurrido en este debate: ¿cuál otra es la profunda cuestion que está en debate? ¿cuál es la razon de la animacion, del calor con que se discute y se ha discutido este punto eminentemente constitucional?

La verdad de la cuestion es sencillamente esta: si en la República Argentina han de organizarse ó no han de organizarse, los territorios nacionales como manda la Constitucion?

Actualmente la Nacion se divide en catorce

provincias, en territorios nacionales organizados como la Capital, etc, y en territorios nacionales no organizados, como los que son materia de esta ley; pero todos son territorios nacionales.

Ahora, tratamos de organizar por esta ley, los territorios nacionales que no están todavía organizados.

Es pues, una cuestion de simple administracion, señor presidente; la historia tiene poquísimo que hacer en esto; la cuestion política de sistema unitario y sistema federal, tampoco tiene que hacer, porque está resuelta ya por la Constitucion.

La Nacion es federal, federales son las provincias y federales los territorios todos de la República.

El artículo 67 de la Constitucion, dice en su inciso 14, primero: que es atribucion del Congreso «arreglar definitivamente los límites del territorio de la Nacion». Como lo ha explicado el señor ministro perfectamente, este párrafo se refiere al arreglo de los límites internacionales; no puede entenderse de otro modo.

Sigue: «Fijar los de las provincias». Agregue que la Constitucion manda al Congreso fijarlos imperativamente, determinarlos, señalarlos permanentemente, de una manera decisiva y completa.

Entonces, ¿está hecha esta fijacion de límites provinciales?

En detalle nó; pero existe una ley vijente, de 1878, que lo hace en general; que *fija* los límites de varias provincias.

Mientras esa ley no se revoque por otra, es suprema; ella manda, porque está vijente!

Despues, agrega la Constitucion: «crear otras nuevas» (provincias).

¿Cómo puede hacerlo el Congreso sin organizar previamente los territorios nacionales en que han de existir?

¿Cómo vá á crear «otras nuevas»?

¿Las vá á crear mandándolas hacer á un panadero?

Las hará, organizando primero los territorios nacionales que hoy están desiertos, poblándolos, dándoles bases institucionales, sobre las cuales puedan desarrollar su vida política, desenvolverse, adquirir rentas propias, convertirse en provincias incoadas primero, para que sean mas tarde provincias federales, soberanas, con representacion en el Congreso.

¿Cómo es posible que haya quien se oponga á un proceder constitucional tan elemental, tan sencillo, tan legítimo, como el de organizar los territorios nacionales, dándoles las bases constitucionales, que han de servir para formar la educacion política de sus habitantes y hacerlos despues aptos para que cuando

lleguen al rango de provincias federales y soberanas, no sean el juguete de los caudillejos, gobernantes vitalicios, de las oligarquias de familia que crecen y se arraigan en su seno, ni tampoco los instrumentos ciegos de las voluntades del gobierno nacional, como lo dicen ó lo indican los señores diputados opositores?

El gobierno nacional funda y organiza los territorios en obediencia á la ley, para enseñar á sus habitantes nacionales, poco á poco, á ser buenos ciudadanos argentinos, á formar parte de una provincia futura, con la costumbre de la obediencia al poder judicial, al poder legislativo y al poder ejecutivo; habituándolos á ejercer sus derechos y á cumplir sus deberes, como tales.

Me parece que no puede haber quien se oponga á esto.

Para «crear otras nuevas», es, pues, necesario hacer lo que dice este mismo artículo: «determinar por una legislación especial la organizacion, administracion y gobierno que deben tener los territorios nacionales».

Esto es, precisamente, lo que busca este proyecto de ley: darle organizacion política y administrativa, para que sus habitantes tengan justicia, seguridad y libertad; fija todos los detalles de la vida culta y establece todos los resortes fundamentales para la administracion regular de las provincias que van á crearse allí.

Los detalles del proyecto pueden ser buenos, pueden ser malos; pero han de ser tambien materia de discusion, artículo por artículo, paso por paso, *step by step*, como dicen los ingleses.

Si hay errores en el proyecto, se corregirán; pero, entre tanto, es el cumplimiento estricto de un deber constitucional, lo que viene á proponer aquí el Poder ejecutivo.

Agrega este artículo constitucional, refiriéndose á los territorios nacionales (en lo que se ha hecho mucho inapropiada) «que queden fuera de los límites que se asignen á las provincias.»

«Que se asignen», es futuro.

Fuera de los límites asignados á las provincias, están hoy esos territorios, porque hay una ley vigente, la del año 78, que establece dichos límites.

¿Esta ley es provisoria?

Ella no lo dice; pero si lo dijera, diria un disparate.

Todas las leyes son naturalmente provisionales, porque no son eternas, porque son revocables por otras.

Pero si bien puede decirse que ninguna ley es eterna, porque ninguna es irrevocable, tambien es verdad indiscutible que una ley del

carácter y en la forma de la del año 78, es definitiva, mientras no fuere revocada.

Y yo encuentro que no debe serlo incidentalmente, por un artículo de otra ley de naturaleza diversa, y falseando todas las reglas del caso.

Establecidos así los hechos, resumo la cuestion de esta manera: la administracion argentina se divide en un gobierno nacional central y único, en catorce gobiernos de provincias federadas por la Constitucion Nacional, y en tantos gobiernos territoriales cuantos organice el Poder federal, dejando los territorios no organizados en la situacion en que hoy están, desiertos y desolados.

Esto, á mi entender, es tan legítimo, tan urgente, tan necesario, tan sencillo y tan lógico, que no puede ménos de desecharse, todo otro condimento, por decirlo así, que lo desnaturalice.

Aquí nada tiene que hacer la pasion, ni el centralismo, ni la descentralizacion, ni la unidad, ni la anarquia, ni los exajerados derechos de los Estados.

Es simplemente una cuestion administrativa, de cómo deben organizarse los territorios nacionales que deben convertirse en nuevas provincias, segun la Constitucion.

La Constitucion manda al Congreso que cree estos territorios, que los organice y haga todo lo necesario para administrarlos, de manera que puedan servir de base á nuevas provincias federales.

¿Qué es lo que trata de hacerse por este proyecto? Organizar esos territorios, pues: nada mas, nada ménos.

Luego, no se descubre aquí, absolutamente, nada que justifique el calor con que se ha debatido esta cuestion, que constitucionalmente, no es cuestion.

Todo, afortunadamente, se ha circunscrito en este proyecto á un pequeño número de provincias limítrofes con los territorios nacionales, ya existentes, ya creados desde 1878.

Y se ha circunscrito como se circunscribe un incendio: por necesidad, para impedir que se estienda y conflagre todo el país.

Una vez establecido el precedente de que la ley vigente puede ser derogada incidentalmente para engrandecer el territorio de una provincia cualquiera y privar al gobierno nacional que establezca autoridades en sus propios dominios, los territorios nacionales, y los organice, las catorce provincias podrán alegar una série de derechos casi iguales, si no mejores, para violar la ley vigente, que los que ha alegado San Luis.

Porque, si admitiésemos que se alegase una série de derechos, mas ó menos añejos, ó dudosos, ó apócrifos, aceptando como títulos legales las encomiendas ó mercedes, pro-

badas por las cédulas reales, ó de los decretos de circunstancias para divisiones administrativas, eclesiásticas ó judiciales; las disposiciones gubernativas de la Colonia, de la anarquía, de la guerra civil, y en fin de cada una de las diferentes autoridades que han dominado en la República, antes y despues de nuestra Independencia que son sin número (se pueden llamar legion), nos encontraríamos en el caos, en un positivo caos; ya no habria Nacion, ni esperanza de constituirla!

Vamos mejor que nunca, solo porque observamos la Constitucion federal.

La situacion actual de la Nacion, sin embargo, no es tan halagüena, ni es de tan gran progreso como el patriotismo lo deseara y se nos dice.

Del año 10 aquí, van setenta y cuatro años de independencia.

Analicemos.

Tenemos de estension un millon y seiscientas mil millas cuadradas, y no contamos mas que con tres millones escasos de habitantes, lo que viene á dar una densidad de poblacion de menos de dos hombres, y, aun de *medio hombre* por milla cuadrada en algunas partes.

No alcanzamos á tener un hombre por milla cuadrada en la mitad de la Nacion.

Las catorce provincias tienen bajo su jurisdiccion quinientas sesenta mil millas cuadradas, poco mas ó menos, me parece, y las tienen ocupadas de la manera mas irregular y menos sistemática, segun las circunstancias lo han querido; las han ido ocupando, puede decirse así, sin cuidarse de buscar fronteras naturales ni cosa semejante.

Puede compararse esto á una gran convulsion geológica, en la cual, en seguida de la erupcion de los volcanes, de los sacudimientos, de los terremotos, y de todas las transformaciones violentas que sufre la tierra, viene el frio, que hiela la superficie, y quedan en una parte montañas, en otra mares, en otra rios y en otra valles; pero sin orden aparente, sin sistema conocido: solo obran allí las fuerzas de cohesion de la naturaleza, que las mantiene unidas por sus leyes, como la Constitucion federal, en cuya observancia está concentrada la única fuerza de cohesion que nos dá el espíritu de nacionalidad y la estabilidad misma del gobierno nacional.

Esa es la fuerza de cohesion que nos mantiene como estamos. No la destruyamos.

La Nacion Argentina, señor presidente, es lo que acabo de decir: un país casi desierto.

Pero si bien esto dá una idea general, yo quiero hacerla analítica, quiero hacerla especial, refiriéndome á cada una de las provincias que se nombran.

Preocupado con el interés que esta discusion me causaba, y hombre práctico como

soy, (siempre voy á buscar los factores en toda cuestion, lo mismo aritmética, ó social que política), he querido saber cuales son los factores en esta cuestion; y, entonces, de muchas publicaciones estadísticas, he venido á sacar estas conclusiones respecto á nosotros.

La provincia de San Luis, á que nos referimos, tiene veintinueve mil setecientas millas cuadradas, y solo cuenta con poco mas de dos habitantes por milla. No paga de impuesto sinó dos pesos y cincuenta centavos por persona.

Tiene un presupuesto de ciento ochenta y nueve mil pesos que está en déficit, y un presupuesto municipal de diez y siete mil pesos.

Y esta provincia con sus setenta mil habitantes; que posée mas de veintinueve mil millas cuadradas de territorio, se presenta pidiendo mas tierras, ante el Congreso, y un diputado nos ha hecho, con mucho talento, con mucha animacion, con muchísimo calor, la descripcion poética de su pobreza evangélica!

Esto recuerda el cuento de Larra, de aquellos doscientos gallegos que se dejaron robar por cuatro ladrones, porque iban solos.

Sr. Gorostiaga—Éran trescientos.

Sr. Calvo—Es cierto.

Aquí son setenta mil los que van solos!

San Luis tiene veintinueve mil setecientas millas cuadradas de territorio, y se dice que no tiene como existir!

Pero, señor! En la época en que vivimos ya no se dice eso. Donde el hombre tiene tierra que labrar, tiene azada para hacerlo y tiene voluntad de trabajar, ese hombre hace fortuna por la acumulacion de su trabajo continuado.

Sr. Serú—¿Y si no tiene agua?

Sr. Calvo—Si no tiene agua, se la busca en las entrañas de la tierra.

Eso es lo que ha mandado hacer el Congreso antes de ahora.

Varios señores diputados—No se ha hecho.

Sr. Calvo—Esa es cuestion que no me toca á mí resolver ahora; pero el Congreso lo ha previsto; ha mandado que *haya agua*, y agua ha de haber; porque el Congreso puede decir, en estos casos, como el creador en el Génesis, *Fiat lux*.

Hágase la luz! El Congreso ha mandado que haya agua, y agua ha de haber.

Sr. Rodríguez—El Congreso lo mandó, pero todavía no se ha hecho nada.

Sr. Calvo—Lo hará el Gobierno despues.

Mientras tanto, hay veinte y nueve mil millas cuadradas de tierra ocupadas por argentinos que tienen el deber inmediato de buscar con el sudor de su frente, y obtener de la madre tierra, los elementos de su riqueza.

Sr. Rodriguez—Se ocupan actualmente de esto, y necesitan para su desarrollo lo que ahora solicitan.

Sr. Calvo—Como el señor diputado no interrumpe jamás, me es sumamente agradable oírlo.

Esto me hace esperar que en lo futuro la provincia de San Luis, encontrará por sí misma el agua que necesita, y lejos de venir á pedir un grado mas de tierra, que no puede gobernar bien, que no puede hacer prosperar.....

Sr. Rodriguez—Pero le dá los recursos que necesita para vivir.

Esta tierra está poblada por estancias.

Sr. Calvo—Aquí me voy á detener.

Si el único objetivo de la Constitucion, de las leyes, de la Nacion Argentina, de su gobierno, de sus instituciones, solo fuera hacer poblar estancias, para cobrarles contribucion directa, declaro que renunciaria á ser diputado representante de semejante Nacion.

Sr. Puebla—Sin embargo, sin ellas no podria existir la Cúmar, porque son la principal industria nacional.

Sr. Calvo—Pero ese no es nuestro único objetivo social, ni nuestro pensamiento político.

Nuestro objetivo es formar un gran pueblo, haciéndonos libres, ricos, cultos y activos, acostumbrando á nuestros conciudadanos á trabajar, asegurándoles la felicidad, el bienestar, y las demas condiciones que ofrecen las naciones civilizadas.

Por consiguiente, no se puede decir:—Hay estancias; hay sobre qué imponer, y descansemos.

Yo prefiero que se nos diga cuanto producen esas contribuciones sobre las estancias, y votaría un proyecto para acordar esa misma cantidad á San Luis, antes que votar la derogacion de una ley vigente, de una manera incidental, sin estudio, sin precauciones de ningun género, violando las formas, cuando esa ley trata de cumplir una de las prescripciones constitucionales mas fundamentales.

El señor diputado por Mendoza, que empleaba la palabra *fundamental*, permítame que se lo diga, no lo ha hecho con la propiedad con que se puede referir á la organizacion de los territorios, que es la verdadera cuestion fundamental de la Nacion Argentina, segun su régimen federal.

Son los territorios organizados, los territorios poblados y educados para ello, los que han de hacer las provincias del porvenir.

Son los territorios poblados y organizados, en los cuales han de fundarse esas provincias nuevas, las que han de hacer que nuestra Nacion sea cada dia mas grande y mas importante.

Si no tenemos territorios preparados para ser despues provincias, nos condenamos á la estagnacion, al marasmo, á vivir siempre de la vida imperfecta, incompleta y relativamente pobre que llevamos hace tres siglos.

He explicado brevemente cuál es la situacion de San Luis, con 70,000 habitantes, con 2 pesos de impuestos por persona. Y se queja de que es pobre!

San Luis, entre tanto, tiene minas, tiene un clima benigno, muchos gérmenes de riqueza no explotada en sus fértiles tierras; tiene todo lo que el hombre necesita para hacer de la civilizacion y del progreso una verdad.

No hay hombre que no sea pobre cuando va á fundar por primera vez una colonia, en el desierto; pero despues son poderosos; y San Luis, fundada en 1500 y tantos, lleva ya 300 años de existencia inermes.

Sr. Rodriguez—Es un pueblo fronterizo que ha tenido que luchar, durante muchos años, con el salvaje. Recien ha conseguido librarse de esa calamidad!

Sr. Calvo—Ese es un beneficio mas que la provincia de San Luis debe á la Nacion.

Hoy que se encuentra sin ese enemigo, hoy que se encuentra en aptitud de organizarse, lejos de paralizar al gobierno nacional con exigencias injustas, cuando quiere poblar y enriquecer los territorios contiguos, debe facilitárselo.

Porque el desierto es una zona aisladora, como la que se pone al rededor de los hilos eléctricos. El desierto separa y aparta á las provincias mediterráneas de la civilizacion moderna, las aísla y las empequeñece, y no es ciertamente la mayor estension de esa zona aisladora la que ha de darles mayor autoridad y progreso.

Son los ferro-carriles, los caminos vecinales, el agua de que el Congreso ha ordenado que se provea á San Luis, los que darán á esta provincia los medios de utilizar la libertad y tranquilidad de que disfruta. Los elementos de trabajo que posee, son muchos, y con ellos la riqueza que necesita no puede tardar en producirse, y la paz asegurada les facilitará los medios de conseguirlo.

Y esto que digo relativamente á San Luis, puedo decirlo respecto á otras muchas provincias.

Así, la de San Juan, que tiene diez y ocho mil millas cuadradas, no percibe mas que dos pesos de contribucion por cabeza. Sin embargo, es mas poblada que San Luis, porque tiene cinco habitantes, por milla cuadrada.

La provincia de Mendoza, con noventa y nueve mil habitantes, tiene cincuenta y cuatro mil millas de territorio; despues de Buenos Aires, es de las provincias mas grandes. ¿Qué razon habria, pues, para acordar á

Mendoza, lo que mejor pudiera acordarse á San Juan ó á Salta?

Y Mendoza tiene un presupuesto de gastos de ciento cuarenta y siete mil pesos de recursos, y veinte y dos mil pesos de municipalidades.

Sr. Puebla—De cuándo son esos datos?

Sr. Calvo—Quedan á la responsabilidad del señor ministro, porque los publicó el año pasado en su memoria.

Sr. Puebla—Pero de cuando son?

Sr. Calvo—El año pasado, creo que es el de mil ochocientos ochenta y tres. Le digo que es el año pasado, y pregunta cuando fué!

Risas.

Sr. Puebla—El año pasado publicó los datos el señor ministro, pero pueden ser de la época en que estuvo en Mendoza.

Sr. Calvo—Si son de la época en que el señor ministro estuvo en Mendoza, debe tener una memoria prodigiosa, como la de aquel cardenal romano que hablaba sesenta idiomas vivos.

Risas.

¿No tiene otras interrupciones que hacer el señor diputado?

Porque preferiría contestarlas todas juntas.

Risas.

Sr. Puebla—No es propiamente una interrupción, sino simplemente averiguar la importancia de esos datos.

Sr. Calvo—¿Le parece que tienen importancia?

Sr. Puebla—La tendrían si fuesen exactos y recientes.

Sr. Calvo—Déme la prueba de que no son exactos!

Sr. Puebla—Al señor diputado que hace uso de ellos, es á quien incumbe la prueba de su exactitud.

Sr. Presidente—Ruego á los señores diputados que no continúen dialogando.

Sr. Calvo—El diálogo lo sigo como cuando aprendía francés en la gramática de Chantreau: por preguntas y respuestas.

El señor diputado me hace una pregunta; yo se la contesto por cortesía. Si él se calla la boca, yo me callaré.

Risas.

Señor presidente:

Este pequeño intermedio que nos ha procurado el señor diputado por Mendoza, no destruye, en nada, la hilación de mi discurso, que quiero hacer breve, pero que no puede serlo, porque describe la situación de la República entera.

Continuo, señor presidente.

Mendoza tiene cincuenta y cuatro mil mi-

llas cuadradas y noventa y nueve mil habitantes; y la idea de venirnos á pedir cuatrocientas leguas para ella, cuando tiene ciento sesenta y seis mil pesos de gastos y ciento cuarenta y siete mil de recursos, me parece.... casi iba á decir ridículo, si fuera parlamentario.

Pero, sobre todo, que á una provincia, cuyo territorio es tres veces el de Santa-Fé, tres veces el de San Juan y cuatro veces el de Tucuman, que solo tiene trece mil millas, se le acuerde incidentalmente, en una ley, ni aun por un proyecto especial, esas cuatrocientas leguas, importa la violación de un principio constitucional, que vale mas de cuatrocientas, mas de cuatro mil, mas de cuarenta mil leguas de terreno, porque es sobre los principios que hemos de fundar nuestro edificio constitucional!

Es por esto que estoy en contra; no porque me fuera violento que cada provincia tuviera tres ó cuatrocientas leguas mas de las que posee; pero hagámoslo regularmente, cuando pueda administrarlas.

Si la provincia que el señor diputado representa, con tanto calor, y á la cual ha presentado en medio de sufrimientos y de escasez, tiene, como digo, cincuenta y cuatro mil millas cuadradas de tierras, es decir, cinco veces la Bélgica, la mitad de la Inglaterra, la cuarta parte de la Alemania; y es aquí la segunda provincia en cuanto á estension; no hay ninguna otra tan grande excepto Buenos Aires....

Sr. Puebla—¿Cómo no, señor!

Sr. Calvo—Tiene cincuenta y cuatro mil millas cuadradas.

Si el señor diputado duda del dato, ocurra al señor Latzina, que estoy seguro tendrá el mayor placer en dárselo.

—Risas.

Sr. Puebla—Eso sería teniendo sus límites sobre el estrecho de Magallanes.

Sr. Calvo—¿Cómo señor?... Vea lo que puede la curiosidad: porque se callara el señor diputado me habia callado yo.

Risas.

Sr. Puebla—Me callaré, señor diputado.

Sr. Calvo—Tendré el disgusto de no oír su dulce voz.

Risas.

Sr. Puebla—Es el señor diputado quien no quiere oírme, cuando le pido informes sobre el documento de que hace mérito ante la Cámara.

Sr. Calvo—Pero verifíquelo.

Sr. Puebla—Pero es que no podemos discutir eternamente este asunto. Me parece

que una observacion sobre el valor legal de un dato, es muy pertinente.

Sr. Calvo—Sumamente pertinente.

Sr. Puebla—Pero se la hago porque segun el señor diputado.....

Sr. Calvo—Le hago la observacion..... pero no se la hago. Pero no discuta así, señor diputado.

Lo que le digo es que estos datos oficiales están todos en la Memoria del año pasado, presentada por el señor ministro del Interior que se sienta á nuestro frente. De allí he copiado los datos relativos á los presupuestos y recursos; pero los otros los he tomado de los registros estadísticos que he podido encontrar.

Lo que quiero probar es que ninguna de las dos provincias necesita ni una legua de tierra mas de las que tiene.

Quiero probar que esas provincias deben hacer como las provincias de Santa-Fé, Tucuman y Entre-Rios; organizar sus impuestos, hacer del trabajo una verdadera institucion, asegurar á sus habitantes la estabilidad, establecer la viabilidad; y sobre todo—ya que es necesario que lo repita tres veces—mejorar su situacion por su propia organizacion rentística, y no tratar de hacernos violar las leyes que están vigentes; acostumbrarse á respetar lo que una vez hemos resuelto, y no venir á dictar hoy una ley, y mañana otra contraria, para que el Estado nunca tenga una legislacion estable.

Y esto me recuerda lo de un horticultor que habia sembrado carozos de durazno, y los sacaba cada ocho dias para ver si habian brotado.

— Risas.

Este es el caso nuestro. Cada seis meses hacemos leyes nuevas.

No hay pueblo que se entienda de este modo, y no hay abogado que conozca toda la legislacion argentina. Son seis, ocho volúmenes, que muestran la situacion desgraciada porque hemos pasado, que muestran la ligereza, la irreflexion con que constantemente hemos legislado sobre los mismos asuntos y de diversas maneras.

Es preciso que empecemos, una vez por todas, á respetar la legislacion vijente y á no cambiarla sino al estilo inglés: cuando estemos perfectamente persuadidos de que es mala.

Sr. Gorostiaga — Nos haremos sesudos, cuando empecemos á ser viejos.

Sr. Gilbert—Todos los países se han formado lo mismo: legislando hoy de un modo y aceptando mañana las obligaciones exigidas por las nuevas necesidades. No es nuevo ni propio de la República Argentina este proceder.

Yo creo que hay mucha ligereza en juzgar los sentimientos.....

Sr. Leguizamón (L.)—..... (no se le oyó).

Sr. Gorostiaga—Hay poco seso en los primeros años.

Sr. Calvo—La prueba de la juventud del país se encuentra..... en sus representantes. Los tres jóvenes guerreros me interrumpen á la vez (risas) y ninguno quiere hacerse cargo de un argumento que está precisamente de acuerdo con sus opiniones.

En todas partes las leyes se dictan mediante una detenida discusion, y lo que yo censuro es, que nosotros hemos estado constantemente legislando, alterando, modificando, contrariando ó revocando las que todavia no habian tenido tiempo de producir sus frutos.

No hay otra observacion, ni hay, en manera alguna, nada que pueda ofender á mis tres honorables colegas; que, á pesar de hablar en terceto, lo han hecho con tanta armonia, con tanta bondad, que no puedo menos que espre-sarles mi satisfaccion.

— Risas.

Señor Presidente: Casi todas las provincias se encuentran en idéntico caso, como se verá por la lista siguiente: la de Buenos Aires paga diez pesos por cabeza; la de Entre-Rios cinco; la de Santa-Fé tres; la de Corrientes tres; la de Córdoba dos; la de Tucuman, uno y cincuenta, que es la mas pequeña, la mas poblada y, por consiguiente, gasta menos en gobernarse; la de San Luis dos y cincuenta; la de San Juan dos; la de Mendoza uno y cincuenta; la de Salta uno; la de Santiago uno; la de la Rioja uno y cincuenta; la de Catamarca uno; la de Jujuy uno.

Estos son cálculos que he hecho personalmente, y si algun error hubiera, pido perdon; bastante trabajo me han costado, por que he pasado toda una noche en ello.

— Risas.

Este es el cuadro: hé aquí la República.

Estas provincias *tan pobres*; estas provincias que *no tienen nada*, no pagan impuesto; pagan un peso de impuesto por cabeza!

— Risas.

Sr. Gorostiaga—Y ¿qué van á pagar, si no tienen nada?

Sr. Calvo—Haga que tengan; déle las bases institucionales que necesitan; déles educacion política, que se hagan capaces de gobernarse á sí mismas, como corresponde á republicanos; empien á trabajar y á acumular riqueza; que el patrimonio de sus familias se conserve, en vez de venir á pedir cuatrocientas leguas, cuando tienen cincuenta mil leguas.... cincuenta mil millas cuadradas, quise decir.

— Risas.

Defecto de raza: somos hiperbólicos.

Cincuenta mil millas una provincia; veinte y nueve mil otra, de las solicitantes, y se presentan como pobres de solemnidad diciendo que no les alcanzaria la fortuna para papel sellado, si tuviesen que pleitear.

Soy prolijo y tambien soy exacto.

Sr. Leguizamon (L.)—No es muy exacto en lo referente al impuesto en Entre-Rios; creo que está equivocado.

Sr. Gilbert—Hay otra inesactitud, y es que no nos ha dicho cuáles es la base que debe servir para determinar los límites de las provincias y de la Nación.

Sr. Calvo—Voy á ese punto.

Todos los caminos conducen á Roma; cuando el señor diputado vuelve á Entre-Rios, no va primero por Martin Garcia?

Sr. Gilbert—No, señor; eso era antiguamente. Ahora se vá por otro rumbo.

Sr. Calvo—Estos son los impuestos enormes que pagan las provincias. Los que paga la República Argentina, que son tomados de la Nación y de cada provincia, segun su propio presupuesto, etc., reunidos con los impuestos indirectos, solo venimos á pagar 15 pesos por cabeza, por año; pero es probable que en la capital se pague no á 80.

Sin embargo, esta no es la cuestion; la cuestion para mí es otra.

¿Por qué el Congreso ha de salir del camino trazado para la reglamentacion de las leyes, de lo usual, de lo ordinario? ¿Por qué ha de hacer escepciones que hieran los principios mas respetables de nuestro derecho constitucional, para dar un grado geográfico, 200, 300, ó 400 leguas á dos ó tres provincias que tienen una estension superior, como he dicho, á muchas potencias extranjerías?

Estudien en su gobierno, estudien en su presupuesto, estudien en el suelo de cada una de las riquezas que tienen.

Buscando los medios, los resultados los encontrarán en la estabilidad. Si las leyes no son estables, estos medios serán ineficaces. La estabilidad es una de las grandes condiciones para la riqueza, para la prosperidad y para el arreglo administrativo y económico de cada país.

Sr. Argentó—Muy bien!

Sr. Calvo—Aprobacion por Santa-Fé—Muchas gracias.

Hago notar que hay unas provincias en contra y otras en favor. Sin embargo, la Cámara no debe aceptar mucho esta aprobacion, porque es de mi colega de la Comision de Inmigracion, con quien nos vemos todos los dias; por consiguiente, es testigo tachable.

Sr. Dávila—Esta en las generales de la ley.

Sr. Calvo—Está en las generales de la ley.

Sr. Argentó—Palos porque bogas, palos porque no bogas.

Sr. Calvo—Al contrario; siempre estamos de acuerdo.

Sr. Argentó—Algunas veces.

Sr. Calvo—Somos compañeros.

Señor, esta es la República Argentina, descrita en dos palabras.

Si esta ley de territorio no pasa, despues de treinta y un años de estar consignado en la Constitucion este mandato imperativo, no hay mas esperanza de establecer nuevas provincias; no hay mas esperanza que la de ir vendiendo tierras, lo que no debe hacerse jamás en grandes cantidades, para que vayan siendo acaparadas por grandes especuladores, y nos quedemos con grandes llanuras desiertas.

Esta ley es necesaria, es de gran necesidad para la República; y el gobierno que la ha traído, si logra que sea aceptada, se pondrá una corona de gloria, porque solo así podremos llegar á ser lo que dice el himno argentino. Hasta ahora todavia no nos han oído los mortales; en balde gritamos «Libertad! libertad!, libertad!»: nadie nos oye!

Hasta ahora no valemós mucho; no hay que equivocarnos:

Tres millones de habitantes en una estension de un millon seiscientas mil millas cuadradas, es una densidad que no alcanza á dos habitantes por milla cuadrada; ya lo he dicho y lo repito, porque el hecho es elocuentísimo y gráfico.

En este caso, por qué nos hemos de oponer á esta ley?

Se habla de organizacion de los territorios como de una usurpacion que se hubiere hecho á las provincias.

Los Estados-Unidos, que son el pueblo mas libre del mundo, solo eran trece estados al declararse independientes. Sucesivamente han ido convirtiendo en territorios la parte de tierra pública que pertenecia á estos trece estados, y son hoy treinta y ocho.

Con estos treinta y ocho hay diez territorios ó provincias incoadas, en formacion, para ser mas tarde nuevos estados; es decir, que serán dentro de dos, tres ó cuatro años, cuarenta y ocho estados.

Es esta elasticidad, es esta facilidad, es esta unidad de accion la que hace que aquel pueblo se agrande.

Esto es lo que ha querido la Comision y el Gobierno..... No se me vaya á tomar por adulador del señor ministro, porque yo tuve las mismas ideas desde que estaba en Brighton, seis años há; por consiguiente, me han de disculpar que lo elojie, porque lo merece.

Es esta ley la que ha de darnos lo que necesitamos: una serie de provincias que tengan el gobierno propio que esplicó tan bien el señor diputado por Córdoba en una sesion solemne, y que sepan hacer lo que el gobierno propio manda: pagar impuestos para tener con ellos seguridad, derechos políticos y deberes que cumplir; y entonces podremos esperar que la Nacion Argentina llegará á obtener el gran desarrollo que nosotros deseamos.

Los Estados Unidos, señor, actualmente tienen diez territorios organizados y dos territorios no organizados, sin contar el territorio de indios que tampoco lo está.

¿Cómo es posible, decía al empezar, que una nacion tan viril, tan inteligente, tan notablemente adelantada como los Estados Unidos, hubiera estado durante cien años haciendo una usurpacion á los estados, si lo fuera el organizar territorios? ¿Cómo es posible que las leyes, segun el señor ministro nos esplicó, estén en perfecto acuerdo con la teoria, si ellas importan el ataque la una ó el despojo la otra? Es simplemente inconcebible; no se puede decir eso.

Los Estados-Unidos han tenido un desenvolvimiento rapidísimo, y han ido sucesivamente creciendo hasta el punto en que hoy se hallan, que no es mas que el principio: llegarán á tener cien ó doscientos millones de habitantes, con este mismo sistema.

La Cámara me perdonará, puesto que me he tomado el trabajo de hacer yo mismo la traduccion de la ley, que lea algunos extractos.

He traducido la ley entera, y voy á permitirle, si la Cámara lo consiente, darle una idea general de la marcha histórica que ha tenido la organizacion de los territorios en los Estados-Unidos; sumamente parecida á la nuestra, con la diferencia de la época.

Sr. Gorostiaga.—Y tal vez de la oportunidad.

Sr. Calvo.—Si no habla mas claro, no podré contestarle.

Sr. Gorostiaga.—Y tal vez de la oportunidad, digo, porque la situacion sociológica de las dos naciones no es la misma.

Las leyes no son buenas por sí, sino con relacion al país donde se aplican.

Sr. Calvo.—Si la observacion es sincera, no es muy hábil, porque nuestro país vá sucesivamente civilizándose, como ha sucedido á los Estados-Unidos.

Sr. Gorostiaga.—No debe dudar de la sinceridad.

Sr. Calvo.—No digo que *no sea sincera*; digo, hipotéticamente: si es sincera.

Señor presidente: esta ley de territorios, ha durado cien años en los Estados-Unidos.

Fué creada por la ordenanza de 1784, que citó el miembro informante de la Comision.

Dice el espositor, que he traducido, lo siguiente:

El asunto históricamente considerado es que la teoria sobre la cual varios gobiernos, para parte del territorio de los Estados-Unidos, han sido organizados, ha sido siempre dejar á los habitantes todas las facultades del gobierno propio, consistentes, con la supremacia y la inspeccion de la autoridad nacional y con ciertos principios fundamentales establecidos por el Congreso.

Con esta pequeña muestra me parece que he probado que tengo la ley en la mano. Haré como hacen muchos señores que tienen una biblioteca sumamente poblada, que jamás han abierto un libro de ella, pero que los conocen todos por el título.

Aquí tengo á Story; tengo á Wheaton, á casi todos los espositores; pero no deseo que la Cámara participe del fastidio que yo tuve al hacer esta larga traduccion, y la suprimo.

Diré sencillamente que la primera ordenanza dejaba los territorios casi imperfectamente delineados, que se reformó en 1787; que en 1816 se establecieron jurados; que mas tarde tuvieron consejos legislativos y que mas tarde tuvieron delegados al Congreso con voz.

Creo que no tenían voto, y aquella solo con relacion á los asuntos del territorio.

Y sucesivamente se han ido mejorando hasta el punto de que, para algunos territorios, se ha dictado una ley especial.

Ya vé, pues, el señor diputado, que su observacion no era fundada.

Los Estados Unidos, señor presidente, eran tan ignorantes como nosotros, si no lo eran mas, porque yo recuerdo que los historiadores dicen que los primeros colonos en ciertos lugares, eran una serie de borrachos, que no hacian otra cosa que cometer desórdenes; que tenían todos los vicios y virtudes que tuvieron nuestros colonizadores.

Y se han ido mejorando á fuerza del trabajo constante, del incesante batallar, de la educacion política que han recibido, y, en gran parte, á consecuencia de esta ley, sobre territorios; leyes que se dictaron cuando habia solamente trece estados, que no tenían sino tres millones novecientos mil habitantes, y su renta no pasaba de tres á cuatro millones de pesos, mientras que ahora tienen cuatrocientos millones de pesos anuales de renta y reciben, por año, cerca de un millon de inmigrantes.

Pero la verdad es que así empezaron, siendo tan ignorantes y desiduosos como somos generalmente nosotros.

Y á este respecto hablo por experiencia propia.

Sí, eran diez veces peores que nosotros, y

se han ido mejorando. ¿De qué manera? Por medio de estas leyes, por medio de las cuales los habitantes de cada territorio han ido aprendiendo cuales eran sus derechos, se han ido habituando á cumplir con sus deberes, á tener seguridad para la propiedad y la vida, á gozar de la libertad, y por eso los Estados Unidos de Norte-América, forman hoy una gran nacion.

Ya vé el señor diputado, que los Estados Unidos no nos llevaban gran ventaja á este respecto.

Hay muchas cosas en que ellos son superiores á nosotros, pero tambien es cierto que en muchas otras, nosotros somos superiores á ellos.

Así, por ejemplo, en la *benignidad*, nosotros somos mejores que ellos, pues ellos fueron mas malos con los indios; nosotros los tratamos mejor en nuestras guerras.

Nosotros redimimos al indio y lo educamos, lo civilizamos; mientras que ellos no lo trataron siempre de la misma manera; son menos benignos.

Las razones primeras, eran las principales.

Despues de los discursos del señor ministro, y del miembro informante, magníficos, todo lo que yo podria decir, seria una repeticion que no quiero hacer, porque considero que la materia se halla agotada.

En resumen, las provincias no necesitan la violacion de la ley del año 1878; sobre todo, provincias que tienen 29,700 millas cuadradas de estension, y que los impuestos que pagan son tan reducidos.

No hay razon ninguna para revocar una ley vigente, para acordar una donacion de 400 leguas de tierra, previniendo á los señores diputados que si las 400 leguas pagan una contribucion que yo creo que no pasará de quince mil pesos, y lo que necesitan son quince ó veinte mil \$ para equilibrar sus gastos con su renta, yo creo que el Congreso mejor haria en darles esa cantidad, que en alterar uno de los principios fundamentales de la Constitucion Argentina: la formacion de las leyes.

La alternativa me parece que es clara en favor de las ideas que sostengo.

Hasta ahora yo no encuentro mas que una razon sólida y fuerte; necesitan mas renta.

El señor diputado por Mendoza, decia: á pesar de nuestras cincuenta y cuatro mil millas cuadradas, no tenemos bastante tierra: désenos un grado de unas cuatrocientas leguas.

¿Con qué objeto?

Con el de que paguen la contribucion las estancias, como si el objeto de nuestra sociedad y de la Constitucion fuera simplemente sacar contribuciones de la tierra y dejarla pa-

ra las faenas ganaderas, en medio de la barbarie y de la ignorancia!

A este respecto, no ofendo á nadie, porque, como es sabido, el campo embrutece, y estancias aisladas que disten 400 ó 600 leguas de los centros poblados, simplemente por cobrar contribucion, no responden á ninguno de los objetos que constituyen la sociabilidad argentina.

Me parece, señor presidente, que el asunto está verdaderamente agotado, si se le quiere despojar de todas las atingencias y de todos los óbices que lo sacan de su claridad, y que le quitan el carácter de asunto de administracion ordinaria, porque el artículo del proyecto no tiene que hacer nada con la Constitucion, porque él no afecta ningun principio fundamental.

Todo lo que ha podido decirse en contrario, se reduce á la discusion del sistema federal y del unitario, que se debatió largamente.

Dorrego lo hizo muy bien.

Si el señor ministro es unitario, como lo afirmaba el señor diputado por Mendoza, le recomiendo que lea esa discusion, en el libro del señor Pelliza, y verá, en ella, cómo la explicaba Dorrego el año 1826.

No creo que el señor ministro sea unitario, pero como que el señor diputado por Mendoza empezó por recordar las divisiones antiguas; es decir, hizo una especie de resurreccion de partidos, de repente van á aparecer argumentando sobre territorios nacionales, Dorrego Lavalle, Valentin Gomez, Rivadavia y otros muchos.

Pero todo eso tenia una explicacion, entonces.

Es una situacion política que acabó y acabó porque no era federal; porque habia varios artículos en aquella Constitucion que reducian á las provincias á simples prefecturas, que traian las ternas de los gobernadores á presentarlas al Presidente.

Sr. Puebla—Vamos en ese camino.

Sr. Calvo—Si vamos en ese camino, trate de obstruirlo, porque no es el bueno.

Me parece que hay, hasta cierto punto, tal vez, un avance en decir que vamos por ese camino.

Yo creo que vamos por el camino contrario.

No hay que olvidar que la ley de territorios es eminentemente liberal.

Es notorio que la Constitucion del año 26, no daba á las provincias ni Legislatura propia; y esa fué la razon porqué se sublevaron.

Pero es preciso tambien que no seamos tan federales, que no seamos tan exagerados que vayamos á seguir las doctrinas de Calhoun; porque esas doctrinas nos llevarian á la perdicion, como llevaron á los Estados Unidos

de Norte-América á la guerra de Secesion en que once estados del sur se vieron envueltos.

La guerra mas espantosa de este siglo; los del sur decian que tenian el derecho de la nulificacion; es decir, el derecho de desconocer la Constitucion y de separarse de la Nacion, si querian.

No se trata, por el proyecto en discusion, de limitar las soberanías locales.

Yo soy sostenedor de ellas, porque las considero de necesidad para el equilibrio del gobierno general.

Es indudable, señor presidente,—y los hechos que se han producido en otras naciones del mundo lo están probando—que estas leyes sobre organizacion de territorios, son las que garanten, de una manera eficaz, el sistema federal que nos exige.

Mientras mas provincias tengamos, mayor garantía tendrá la nacion de continuar en el sistema federal de gobierno que se halla en vigencia, y que seguirá así por espacio de cinco ó seis siglos, ó por todo el tiempo que permita la estabilidad humana conservarlo.

Es necesario organizar estos territorios para que se hagan nuevas provincias argentinas que se incorporen á la Union, para que, de esa manera, podamos conocer las riquezas que se encierran en su seno y darles horizontes que todavia hoy no podemos descubrir.

Son otras tantas fuentes de prosperidad y de grandeza nacional.

Es doloroso, señor presidente, oír hablar en 1884 de los unitarios y de los federales, es decir, de partidos políticos que han pasado á la historia.

Los federales hemos triunfado, y está dominando en todo el país el sistema federal.

El inciso 14 del artículo 67 de la Constitucion es claro y terminante, y, por lo tanto, el Congreso no debe detenerse, á mi juicio, en cuestiones puras y simplemente administrativas, como es esta.

Admitiria todas las correcciones que se quiera hacer, hasta la de que los territorios no tengan un cuerpo de empleados y de administracion completo, sino cuando alcancen un número determinado de poblacion. Admitiré todas estas modificaciones con muchísimo placer, porque es preciso tener en todo la prudencia por norte.

Pero es preciso reconocer que esta ley es indispensable; que no hay remedio, que es preciso que venga una ley de territorios, y que es preciso tambien que las provincias no se hagan mas grandes en su estension, sino mas pequeñas, ó queden como están.

Así es como comprendo que la Nación argentina puede ser algo, algun dia.

Es opinion arraigada en mí desde muchos años.

Es necesario organizar territorios y dar educacion política á sus pobladores, para que, en vez de entrar en la carrera que han seguido las provincias que representan los señores diputados que me han interrumpido, y otras mas, dominadas por el caudillaje de los Toboadas, de los Bustos y otros, aprenda cada ciudadano cual es su derecho y lo defienda, pero que no olvide cual es su deber y lo cumpla.

He dicho.

Sr. Davila.—Pido la palabra.

Muy poco voy á decir, para fundar mi voto y fijar el criterio con que tambien he de votar los demas incisos de este artículo, que entrarán despues en discusion.

Y siento la necesidad de fundar mi voto porque voy á apoyar la mocion que ha hecho el señor diputado por Mendoza, aunque por distintas razones á las que él ha señalado.

Sigo con simpatía y conviccion las teorías que ha sentado el señor ministro del Interior.

Creo que son esos los verdaderos principios, los verdaderos orígenes de nuestra nacionalidad.

El año 1853, con la constitucion ahora vigente, nació la Nacion; y esa constitucion reconoció en las provincias la soberanía y la autonomia de que hoy gozan.

Pero ella misma dió al Congreso una altísima funcion, cual es la de fijar los límites entre las provincias y los territorios nacionales. Lo que quiere decir que las provincias, como dijo anoche el señor ministro, no entraron á formar parte de la Nacion con todo el territorio que tenian por las antiguas cédulas, respecto de su organizacion como circunscripciones administrativas.

Señor presidente: creo que en todas las leyes que demos, debe imperar sobre todo el sentimiento de la nacionalidad, porque hemos visto que cuantas veces este sentimiento se ha amortiguado, el caos, la desorganizacion, la anarquía, han traído la pobreza por todas partes, y que cuando ese sentimiento se ha vigorizado, la nacion y todas las provincias han entrado por una ancha via de progreso y de riqueza, caminando hácia su felicidad.

Me lamento cada vez que por incidente, ya sea por la rapidez de la improvisacion, ya sea deliberadamente, al calor de convicciones profundas, se pone en pugna estas dos entidades, que no forman mas que una, en su esencia: nacion y provincia.

En el caso que discutimos, señor presidente, no puede haber ni debate, porque no hay antagonismo posible; y la prueba de que no puede haberlo, es que los señores diputados por Mendoza están sentados en este recinto y forman parte del jurado que ha de resolver

sobre los límites de todas las provincias. Y si forman parte de este jurado, si el Congreso es el juez encargado de fijar esos límites, deben comenzar por reconocer al juez de la jurisdicción.

Sr. Puebla.—Todos lo reconocemos.

Sr. Dávila.—Ahora, señor presidente, si el Congreso es juez y no se puede negar al juez jurisdicción, es necesario respetar su fallo; es necesario no discutir esa atribución ni esa jurisdicción; y es necesario reconocerlo, antes de empezar á alegar.

Cuantas veces se ha iniciado en el Congreso la discusión sobre cuestiones de límites, se ha tratado, como recordaba anoche el señor ministro del Interior, de fijar las reglas á que ha de someterse el Congreso para resolver este árduo problema, y se ha establecido, sea los límites naturales, sea los fijados por actos de ocupación, de ejercicio de posesión de las provincias sobre esos territorios.

Entonces, pues, cuando el Congreso haya de resolver esta grave cuestión de límites, lo único que puede traerse al debate es esto: los motivos que tengan las provincias para sostener el derecho de su ocupación sobre esos territorios, las conveniencias que en nombre de la Nación se pueda invocar para dar á las provincias mas de lo que ellas han ocupado.

Sr. Calvo.—Eso es!

Sr. Dávila.—Por consiguiente, lo que deben hacer, en el presente caso, los que sostienen el ensanche de algunas provincias, es presentar sus títulos de ocupación; no títulos de dominio, que no tienen, porque deben empezar por reconocer al juez la autoridad que tiene para fallar la cuestión.

Tienen que empezar por mostrar sus títulos á la consideración del Juez, para que este, apreciándolos con criterio propio é independiente, resuelva, si son ó no bastantes para influir en su ánimo y reconocer esos territorios como de dominio efectivo, permanente y perpetuo de las provincias.

Pero habria tambien otra consideración, que ya habia indicado: la consideración de las conveniencias, porque las conveniencias de una provincia son las de una Nación, desde que, como he dicho antes, provincia y Nación es una misma cosa: se trata siempre de la suerte de la patria argentina.

Si, pues, á pesar de que una provincia no hubiese ejercido, por cincuenta mil causas, actos de ocupación sobre un territorio, pero se dan pruebas eficientes y concluyentes de que esa provincia necesita de ese pedazo de territorio que pertenece á la Nación, para facilitar la marcha regular de su destino, yo, como diputado de la Nación, he de dar mi voto porque se le dé los medios de realizar su destino en el presente y en el futuro.

Apartando, pues, todas estas cuestiones de antagonismo y de sistemas, la Constitución ha resuelto el punto: existe una Nación, y existen provincias dentro de esa Nación.

Existe una Nación con una Constitución que dá al Congreso la facultad de resolver como juez esta clase de controversias..... esta clase de asuntos: digo mal, no son controversias.

Es sensible que por incidente, al tratarse de la ley de organización de territorios nacionales, se nos presenta la cuestión de límites. Habria sido mejor que la ley que se discute hubiese venido despues que este problema de cerca de medio siglo hubiese desaparecido. Pero ya estamos en la discusión; son defectos de nuestras peripecias.

La cuestión ha venido regularmente al debate; estamos en ella, y tratamos de organizar territorios que lindan con cinco provincias.

Entonces, pues, lo que corresponde al Congreso, en este caso, es inspirarse en los intereses de la Nación; y los intereses de la Nación son los de las provincias.

Y si los señores diputados por Mendoza y San Luis, presentan consideraciones que en mí hagan peso para que les conceda con mi voto el territorio que piden, he de dárselo como juez; no por que les reconozca el derecho de discutir á la Nación la jurisdicción perfecta que tiene para resolver esta cuestión.

Sr. Calvo.—Por ley separada.

Sr. Dávila.—Porque yo, señor presidente, como juez, no puedo fallar una cuestión, antes de que el litigante haya reconocido mi jurisdicción.

Tenemos que apartar este punto, antes de entrar á conocer en el asunto.

Pero, señor presidente, las razones que han espuesto los señores diputados por San Luis y Mendoza, las razones de hecho, sus alegatos de bien probado, han hecho fuerza en mi ánimo, y veo que no es gran cosa lo que solicitan: es este el motivo que tengo para acompañar al señor diputado por Mendoza en lo que ha propuesto.

Pero conste que, ántes de votar, he salvado los principios, adhiriéndome á las doctrinas que ha exhibido ante la Cámara, con verdadera elocuencia, el señor ministro del Interior.

Respecto de todos los demás incisos que se presenten, he de tener la misma base de criterio. Segun como se presenten los objetos y segun obren en mi ánimo los hechos y las razones que se den, segun eso he de dar mi voto en favor ó en contra.

He dicho.

Sr. Demaria.—Hago moción para que se cierre el debate.

—Apoyado.

Sr. Cárcano—Antes que se vote, necesito agregar unas palabras.

Sr. Demaria—Por mi parte no tengo inconveniente en postergar mi mocion hasta despues que hable el señor diputado.

Sr. Presidente—Parece que hay asentimiento tácito en el retiro de la mocion.

Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Cárcano—Al aceptar la indicacion de los señores diputados por Mendoza, de que los límites de esa provincia, como los de San Luis se extendieran del meridiano 35 al 36, no lo hice principalmente por las razones que ellos han apuntado, sino por una razon de necesidad.

Los límites estaban fijados ya por la ley de 1878 y, que se haya dictado con justicia ó sin ella, eran límites fijados por el Congreso y debian ser respetados.

Yo he aceptado esa indicacion, porque como lo han demostrado ámpliamente los señores diputados por Mendoza, esas provincias, aunque poseen una estension bastante dilatada de territorio, una gran parte de esas tierras son enteramente ingratas: en Mendoza, las que no son fecundadas por el agua, son improductivas; San Luis no tiene siquiera ese elemento de prosperidad.

La parte mejor de esas provincias, que se encuentra hácia el sur, en la actualidad es sumamente pequeña, y ellas, para su desenvolvimiento y desarrollo, necesitan la cantidad de tierra que han pedido.

Estas consideraciones, puramente de necesidad, me indujeron á aceptar la mocion del señor diputado por Mendoza, y cualquier otra pretension que no se encuentre en esas circunstancias, no podría de ninguna manera aceptarla la Comision, puesto que ella, al fijar los límites en su proyecto, no ha hecho mas que consagrar, á mi juicio, este principio que debe prevalecer: respetar la ocupacion actual.

Ahora bien—la mocion del señor diputado por Mendoza, comprende tambien en la estension de los límites por el sur, á la provincia de Córdoba. Cuando acepté su indicacion, acepté la idea de entender los límites, reservándome el derecho de restringirla oportunamente.

Creo que la provincia de Córdoba no se encuentra en las mismas condiciones de necesidad que las de Mendoza y San Luis.

Sr. Dávila—¡Muy bien!

Sr. Cárcano—Teniendo ella inmensos ter-

ritorios que poblar, donde ejercer su autoridad, donde aplicar su renta, atrayendo la poblacion y fomentando la riqueza, me parece completamente inútil agregarle mas, cuando aún no tiene recursos bastantes para atender las exigencias de su propio crecimiento.

Entonces, yo, como representante de esa provincia, creo un deber de honradez declarar, que no puedo aceptar lo que á mi juicio no se necesita y, por consiguiente, me adhiero á la mocion del señor diputado, pero solamente en lo que se refiere á San Luis y Mendoza, sin deferir en la parte que comprende á Córdoba, dando así un ejemplo de patriótico desprendimiento, cuando se quiere dar á una provincia lo que ella no precisa.

Sr. Presidente—Se va á votar si se cierra el debate.

—Resulta afirmativa.

Sr. Presidente—No sé si la manifestacion que ha hecho el señor diputado, ha sido á nombre de la Comision.

Sr. Ortiz—Por mi parte acepto.

Sr. Presidente—Entonces, seria el caso de variar la redaccion del artículo.

El señor secretario ha tomado la redaccion del artículo tal cual quedaria. Vá á leerse.

— Se lee en esta forma:

«1ª Gobernacion de la Pampa, con los siguientes límites:

Por el norte, el paralelo 36º que divide el territorio nacional del de las provincias de Mendoza y San Luis y el paralelo 35º, que lo divide del de Córdoba. Por el este, el meridiano 5º de Buenos Aires, que la divide con esa provincia. Por el oeste, el meridiano 1º, que la divide con Mendoza hasta tocar el Río Colorado, y por el sud, el curso del Río Colorado.»

Sr. Presidente—Se va á votar se si aprueba ó nó el inciso en la forma leida.

—Resulta afirmativa.

Sr. Crespo—Hago mocion para que se levante la sesion.

La hora es avanzada, y creo que el inciso que sigue, va á dar lugar á una discusion tan acalorada como aquella á que ha dado motivo el que se acaba de votar.

— Apoyada esta mocion, se vota y es aprobada, levantándose en consecuencia la sesion.

— Son las 4 1/2 p. m.